

Otros títulos de Ediciones Normalismo Extraordinario:

91. Ramón Huberto Heredia Mateos

La lúdica como práctica del educador físico para el desarrollo motriz en estudiantes de Educación Básica

(Propuesta didáctica)

92. Verónica Molina Suárez

La evaluación del aprendizaje en una telesecundaria

(Tesis)

93. María Del Pilar Rovira Balán

El sistema Braille. Trayecto Formativo complementario

(Propuesta didáctica)

94. Fabiola Hernández Aguirre y Ma. del Socorro Oropeza Amador (Coords.)

Nodos de formación docente intercultural para la paz integral

(Ensayo)

95. José Antonio Moscoso Canabal (Coord.)

Guía para diseñar secuencias didácticas de pensamiento matemático

(Propuesta didáctica)

Ramón Iván Suárez Caamal

Sol adentro contiene ocho poemarios, de los cuales siete han merecido primer lugar en Juegos Florales de nuestro país y uno obtuvo el Premio Internacional de Poesía del Mundo Maya 2012. De este último se recupera lo siguiente, porque sintetiza perfectamente la figura y obra de nuestro poeta: “Este poemario uniforme y conciso es la bitácora de navegación de Ariosto Uriel en sus mares interiores. Se denota que emerge de las propias brumas del alma para entregarnos este trabajo tan bien tallado sobre una pasión que se percibe como ineludible. Con suma sabiduría asume la mar como su patria, su bandera es de sal. Nos transmite su devoción haciéndonos partícipes de su amor, su *a-mar*, junto a él contemplamos el *amarecer*. Admirable poesía la de este libro en su pleamar y bajar mar lírico”.



DGESUM
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN
SUPERIOR PARA EL MAGISTERIO



Consejo Nacional
de Autoridades de
Educación Normal
CONAEN



SEMSyS
Subsecretaría de Educación
Media Superior y Superior

DEN
Dirección de Educación
Normal

Ariosto Uriel Hernández Pérez

Sol adentro

POESÍA

1

Ariosto Uriel Hernández Pérez

Sol adentro



1

Foto: Susana Miravete Rodríguez



Ariosto Uriel Hernández Pérez. Papantla, Ver., 1969. LEP, egresado en 1991 del CREN “Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán” de Tuxpan, Ver. Libros publicados: Fotografía: *Ventanas de Luz* y *Papantla. Memoria fotográfica del siglo XX* (dos volúmenes); Cuento: *La Noche Eterna* y *La Búsqueda de Dios*; Poesía: *Escuchando el Silencio*, *Islas imaginarias*, *Mares interiores*, *El barco nace de la mano escribiente*, *Un instante en la luz de tu nombre*. Su obra ha obtenido más de treinta Premios Literarios Estatales, Nacionales e Internacionales.

Imagen de portada:
Juan Carlos Tejeda Smith

Ediciones Normalismo Extraordinario

Sol adentro

Ariosto Uriel Hernández Pérez

Sol adentro

Ediciones Normalismo Extraordinario

Sol adentro

Primera edición, 2020

D. R. © 2020 Ariosto Uriel Hernández Pérez

D. R. © 2020 Ediciones Normalismo Extraordinario

ISBN Volumen: 978-607-9064-40-2

ISBN Obra Completa: 978-607-9064-23-5

Impreso y hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad del autor.



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA



DGESuM
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN
SUPERIOR PARA EL MAGISTERIO



VERACRUZ
GOBIERNO
DEL ESTADO



SEV
Secretaría
de Educación

SEMSyS
Subsecretaría de Educación
Media Superior y Superior

DEN
Dirección de Educación
Normal

Andrés Manuel López Obrador
Presidente de México

Esteban Moctezuma Barragán
Secretario de Educación Pública

Francisco Luciano Concheiro Bórquez
Subsecretario de Educación Superior

Mario Alfonso Chávez Campos
Director General de Educación Superior
para Profesionales de la Educación

Édgar Omar Avilés Martínez
Director de Profesionalización Docente

Cuitláhuac García Jiménez
Gobernador del Estado de Veracruz

Zenyazen Roberto Escobar García
Secretario de Educación

Jorge Miguel Uscanga Villalba
Subsecretario de Educación Media Superior y Superior

María Cristina Lara Bada
Directora de Educación Normal

Ma. Luisa González Berman
Directora del Centro Regional de Educación Normal
“Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán”

ÍNDICE

Prólogo	11
Cuerpo adentro	19
Aquí de pronto el cuerpo	29
Serani	39
Viento de paz	43
Pulido es el silencio en los oídos de la locura	51
Marítimas	57
La estación en la zona de los sueños	77
Sol adentro	113
Semblanza del autor	137

PRÓLOGO

Sol adentro, de Ariosto Uriel Hernández Pérez: **hacedor de universos y eterno náufrago en la onírica mar del tiempo y el silencio**

Desde el profundo verdor musical del pueblo de Papantla, en el norte de Veracruz, territorio en donde vive con su familia y escribe hacia los cuatro rumbos de la palabra y el corazón, desde ese territorio ancestral e imaginífico, parapetado siempre en la universalidad literaria, Ariosto Uriel Hernández cifra su arte narrativa, cronística, poética e incluso fotográfica, a las que habría que sumar su profesional dedicación en cuerpo y alma a la pedagogía, al sagrado magisterio, y su incansable trabajo e incesante pasión por la cultura e historia papantecas, las cuales tienen en Ariosto a un artista prolífico y sencillo, de la misma e irrepetible estirpe a la que pertenecen artistas como la gran escritora Lázara Meldiú, es decir, al linaje de aquellos intelectuales que no persiguen la gloria y la efímera fama del presente, sino la recompensa del lector de cualquier tiempo, sobre todo futuro, que es hoy. Pese a la sencillez y humildad características del escritor Ariosto Uriel, son múltiples los reconocimientos literarios que su obra ha merecido, y no sólo los del ámbito local o los vinculados estrictamente a su tierra natal, Papantla, sino también internacionales y nacionales, ya en el norte o en el sur de nuestro país, regiones donde su nombre y su poesía

han dejado huella firme y donde el poeta ha cosechado diversos lectores, dada la indiscutible calidad y originalidad de su escritura poética. Los varios libros de Ariosto Uriel navegan aguas de una riqueza verbal poderosa, abundante, rica en imágenes y metáforas, en voluptuosidades y carnalidades que transitan distintos elementos del fasto natural, entre los que destacan los paisajes propios del trópico y los marítimos, así como aguas profundas en donde lo ético, lo ontológico y lo filosófico llevan al lector por mares laberínticos, situándolo en la natural orfandad humana, orillándolo a nacer de nuevo por vía del asombro, por caminos de fascinación y locura, por naufragios cotidianos y oníricos, pero sin olvidarse de volver a montar el caballo del silencio o el barco de la memoria, hasta regresar a la isla de su propio cuerpo, de su propia voz, y hacerse las preguntas que nos dan sentido de existencia y finitud, y por lo tanto de vida y muerte. Empero, la poesía de Ariosto es nacimiento y origen, vuelta al hogar primigenio, sea éste la mar uterina o el agua oscura del lenguaje, porque el poeta papanteco es uno de los pocos que saben cantar y contar, al tiempo que nombra y cifra las cosas y las hace nacer de nuevo, por ello las vemos en sus libros como en un profundo sueño, del que salimos calcinados y con el corazón completamente desnudo. Tal es la fuerza lírica y onírica de este navegante del silencio.

La poesía de Ariosto Uriel retorna a las mismas obsesiones, caminos que llevan a perdernos en el mar de la locura. Si en su primigenio *Cuerpo adentro* son frecuentes el silencio, la escritura y la memoria como país interior, este se asienta

en una tradición literaria que vertebra su discurso en el lenguaje y en el tiempo, poesía que habla de la escritura como pulsión vital. Más tarde, *Serani* propone otra respiración que incendia los huesos hasta la médula, y otra vez el poeta construye un cuerpo, lo erige y recrea con palabras, y ese cuerpo verbal renace en el acto amoroso de la poesía, conjurando la viva palabra para derrotar a la muerte, injuriarla con la vida misma, pero vida escrita, y por tanto, existencia dicha. Porque el poeta es carne que habla, carne que escribe, carne que canta y silba luz. Y no hay otra luz hecha carne para Ariosto que la mujer, mar de erotismos, mar tatuada en la piel de las páginas con líquida carnalidad que se proyecta en el tópico marino, y el poeta lo confirma al escribir su “viaje marino”, pues materializa con la palabra a la amada imaginada, deseada, haciéndola carnal palabra, eternizándola. Pero el compromiso del poeta no es sólo amatorio y artístico, sino ético, por ello *Viento de paz* propone, augura y busca un ágape universal de paz colectiva: aquí la palabra de Ariosto Uriel está hecha de aire, de viento, de huracán y temporal, de aliento y vaho, de la profunda respiración de los pájaros que al igual que los poetas, sueñan mientras vuelan, anhelando para todos y todas la verdadera paz y la libertad sin ataduras. Reclamada y cantada la paz colectiva, el poeta vuelve a los grilletes del erotismo, a ser esclavo del amor y la locura, su amante feroz y despiadada. De ahí que Ariosto nos revele en *Pulido es el silencio en los oídos de la locura* que mientras cabalgue la poeta indomable de la demencia “todo permanece en el olvido del viento”, aunque luego escapa hacia sí acicateando su etérea

montura con las filosas espuelas poéticas, al tiempo que doma al monstruo de la lucidez e intenta domeñar al animal de la palabra, la salvaje palabra con que designa el sueño, el olvido, el futuro y los pájaros que se posan en la ceiba frondosa de su escritura narratológica, su oscura parvada en alas de prosa: “Deshojo el árbol de los sueños”, musita al viento Ariosto. Hay en este libro páginas vivas de árbol, hojas de un poemario verde, ramas de poeta, brazos vegetales que llegan hasta los dominios donde la noche termina e inicia la locura, la imantada locura que desata los nudos de la escritura, del caballo onírico que el poeta papanteco vuelve a montar hasta hacerlo relinchar frente la casa del silencio. Pero el poeta nunca reposa y se sabe navegante en *Marítimas*, marinero o náufrago en la mar del tiempo cuya barcaza está a punto de hundirse por causa del silencio o la hondura de la página en blanco, pero Ariosto leva anclas y toma el timón de la pluma y escribe con la tinta azul del océano hasta despertar tormentas de arena, huracanes de sal y parvadas de peces en sus versículos de sal, crea anchas playas e ínsulas en las que él mismo amarece y amanece, y de las que sale indemne en busca de otros cuerpos, otras tierras, otras palabras, otras pieles, y vuelve a transmutarse en niño porque la mar se torna amniótica, agua recién nacida para lavar los ojos y el corazón de los ahogados, oración para quienes murieron de olvido y leen las líneas de arena de sus manos. Y la mar en las manos de Ariosto se vuelve casa, madre, patria, marítima patria que abre sus páginas para dar a luz al gran huérfano del mundo, al gran océano, pero también al gran poeta, al parido por

sirena, al resucitado del mar para escuchar un solo nombre: Susana. Entonces el cielo se transtorna en mar y en vuelo y es el primer nado y la primera respiración y es el ahogo, y el poeta vuelve a tomar los remos de la palabra para navegar en la barca del silencio y tatuar en la arena del tiempo su voz que fascina y asombra. Aunque bien podría escribir sirena, murella, océana, ínsula, altamar y seguir su viaje lleno de saudades y trópico, Ariosto decide atracar en otros mares y escribe el ancla como si fuese un punto gramático, pero no el punto final, sino el que principia otro libro suyo: *La estación en la zona de los sueños*. En dicho poemario la soledad, los murmullos de la muerte y de la vida son escritos con filo de relámpago, con una poesía onírica que encanta y canta memoria adentro, páginas adentro, cuerpo adentro, letras adentro hasta lograr su espiral metamorfosis, y el poeta papanteco es ave de fuego, fénix que se levanta no de las cenizas, sino de la líquida y negra tinta, tinta con la que escribe el magma del insomnio, con la que erige los laberintos futuros que habitará ahora y después de la infinita hora de la muerte, tiempo de retorno al paraíso petrificado y perdido, a las torcidas calles en las que el poeta, loco de palabra, habita, transita, transcurre, pero su cuerpo ya no refleja una sombra, sino la luz amplísima de una silueta de pájaro, ave que sueña parvadas en la ciudad que nunca duerme: la poesía. Porque escribir es navegar, Ariosto Uriel nos invita a bogar en remolino de palabras, a extender la vida en la vida misma, a cantar a la vera de la noche perseguido por los perros del olvido, a arrastrar las legiones de nuestro cuerpo por caminos de silencio y sentarnos a deletrear las

estrellas del firmamento y nombrar cada una con nombre de mujer, de hombre, de niño, de animal, de ciudad, de árbol, de música, de fuego, a sabernos náufragos de ciudad, marineros a la deriva de los recuerdos, porque la poesía de Ariosto asciende y desciende por las colinas que llevan, todas ellas, al oro solar con que está escrito el nombre de su tierra natal, de su Papantla primigenia.

Ariosto Uriel escribe escondido a plena luz del día, ahí donde el poeta es cantor anónimo de nuestra esperanza, y pese a que su tinta está hecha del mismo y líquido oro solar, el poeta no se deja seducir por falsos elogios y por el ruido de falsas musas, por ello, para no olvidar su noble humanidad acaricia dulcemente el terso lomo de la muerte como si acariciara la espalda insondable de su amada o la cintura de una bestia de fuego, dándole de beber sed de poesía, arterial magma de sangre calcinada, sangre con la que escribe su lírica soledad en compañía de nadie, pues tal es el solitario oficio de la escritura, lo mismo sagrada profesión que trabajo iconoclasta, igualmente labor placentera que terrible, pero el poeta nunca estará solo, pese a que lo abandone incluso su sombra, porque el poeta es guiado a la eternidad por una innumerable legión de muertos, por la muchedumbre de todos los eternos y vivos poetas que susurran sin cesar secretos al oído del corazón, a la médula de los huesos, tal como nos lo dice de manera única como en toda su singular, necesaria y humana poesía, el papanteco Ariosto Uriel Hernández, digno oficiante de la estirpe de hacedores de mares, universos y mundos, a la luz de su magnífico *Sol adentro*:

Camino con mis muertos:
mis antepasados mis poetas preferidos
porque esto es lo mío y espero no detenerme
sino hasta mi propia muerte.

Balam Rodrigo
Huitepec, Jovel, Altos de Chiapas, julio de 2020

Cuerpo adentro¹

Estamos aquí

en lo alto de la claridad,
en las alas transparentes del día esperado.
El sol transita por el territorio del cielo
viste de llamas el verano que nos cerca
[sostenemos con los ojos el calor abandonado].

Nuestros cuerpos aquí reunidos
son un manojito de tiempo que imagina el día,
somos sombras de un cuerpo golpeado por la luz,
somos desnudas brasas armadas de quemante memoria,
somos un lenguaje de silencios que incendia el oído
[y finalmente escribe con sus propias cenizas].

Estamos aquí en el sol de unos ojos
en la huella de un pensamiento que llama
para quemarnos cuerpo adentro:



¹ Primer lugar en los Juegos Florales Nacionales “Lázara Meldiú”, de Papantla de Olarte, Veracruz, 2006.

Por un instante el hombre
quiere inventar una canción:
un domingo en el acuario
su asombro bebe
y persigue la línea que sigue.
Claro es que insiste en escribir:
dejar su huella en los ojos claros
de aquella mujer que olvidó,
dejar en el viento danzando
un fragmento de su (imperfecta) memoria.
Por un instante en el papel
desea una ciudad entera,
las sirenas que lo asfixian,
un epígrafe que le agradó:
quiere ser poeta [la gota que sueña],
quiere por un instante
 vencer a la muerte.



Entre el escribir en este instante

y el encuentro ineluctable con la tierra
echo mis pies en la espalda del verano
—al norte de las tinieblas envejecidas—:
corren mis tardes en las montañas,
sangran el desnudo corazón de lo que se ama,
se extravían en el agua de unos ojos,
en la delgada página de un espejo.

Entre el atardecer que me muerde
y los renglones que a gotas caen
veo la somnolencia de la atormentada ciudad
que en su memoria se remueve.

En el instante del duelo
es una barca mi piel que reclaman las mares
y mientras cierro las letras
—éstas que brotan de alguna muerte—
comienzo a refugiarme en mi cráneo
la fatiga de andar en la profunda luz
Ajeno al sonido de la lluvia
[con la pluma en la mano]
muero otra vez
contemplando la ciudad,
los edificios que acuchillan este cielo gris.



Inscripciones en la Casa del Silencio

1

Palabra a palabra
edifico la *Casa*
a la luz
del silencio.

2

En los párpados
se fija la idea,
finísima
se cubre de silencio

y
la mano al cuaderno
entrega los signos del lenguaje.

3

Entre los siglos muertos
se aleja el pensamiento.
Sin fecha,
otra noche,
allá afuera se sacude,
viene en pos de mí:
encarnada semilla de palabras.

4

La mañana inaugura la luz,
se estrella en las palabras:
Invento otra noche sin testigos
[para escarbar en los recuerdos].

5

Entre el agua

y

el fuego

mi voz descansa

en el puente de las palabras.

6

Los recuerdos con sus alas me/rodean:

acechan cada noche

hasta convertir mi libertad

en un lejano recuerdo.

7

Mientras desato los sueños

arden los recuerdos

y celebro en la penumbra

las ideas de otras edades,

soledades.

8

Anoche no pude dormir:

me la pasé oyendo murmullos

de silencios en pena.

9

Marco el nacimiento de un poema

ciertos días

en mi calendario del silencio.

10

Aves volando son las ideas en el día,

al caer la tarde anidan

en las ramas de mi escritura.

11

El silencio clava su mirada clara
en el taller interior de la palabra.

12

Enterradas en el silencio
tienen sus raíces
los nombres de las cosas.

13

Sembrada la semilla de la palabra
en los fértiles jardines del silencio
florece las frases
en el color del tiempo:
son brasas llamas
luces del pensamiento.

14

Se esparce el silencio
l e n t a m e n t e
en la mancha de la noche,
en el campo del insomnio.

Los recuerdos
—presencias de la memoria—
escriben en mis manos
los murmullos del silencio.

15

Vagando en el calendario
resbala el silencio
por la frente de la noche,
se deja caer con sus palabras
en la encendida memoria
una noche cualquiera.

16

La Palabra dice:
Crear es Crear.

Palabra, te creo.

17

Descubre el pensamiento
—más allá de los ojos—
la música del silencio,
el lenguaje de la luz.

18

Desde los rumores de mi memoria
la escritura cae en el silencio
y conversa con la luz.

19

Transporta el tiempo
con miedo su memoria.

20

Hasta que la aurora descuelgue
sus tibias horas
y nos ahogue la sensación
del bronce en nuestros labios,
olvidaré el canto del silencio
en este rincón del viento.



Caminar con muertos

es cosa de locos es decir
de poetas solitarios.
Oír la carne de los vivos
y guardar el aroma de su piel
y conocer el sabor de sus sueños
es ahogarse solo sin compañía.
Vivir en perpetua sed de la luz que ilumine el olvido,
vivir mientras te mientes con las sombras de una hermosa
tarde
es cosa de hombres muertos.

 Camino hacia el Sureste
evaporando mis treinta y siete años
—aquí no necesito el tiempo—.

 Camino con mis muertos:
mis antepasados mis poetas preferidos
porque esto es lo mío y espero no detenerme
 sino hasta mi propia muerte.



Queda tu cuerpo

como una aparición,
como un lenguaje tendido al viento,
no piensa en el olvido no piensa se disuelve,
se desata en la presencia del silencio.
Es tu cuerpo una lluvia de claridades
en esta página encadenada a las cenizas;
abre los ríos del silencio,
despierta en la sombra un manantial de tiempo;
habla en el húmedo muro de mi frente
sube en el amarillo día hacia el inicio.
Es tu cuerpo un silencio calcinado
que se acuesta en el olor de la tierra.
[Contemplo más allá de tu muerte
un lamento que en el viento se revuelve].



Aquí de pronto el cuerpo²

Aquí de pronto el cuerpo se quiebra
en las trémulas alas de la escritura;
y el desmantelado esqueleto de las letras
dibuja con manos sonámbulas
la descarnada limpidez del alma.
Todo está callado en el instante de la escritura.
Trofeo del silencio es el poema erguido.
Aquí se consumen signos como lámparas
torbellinos de respiraciones desatadas.
Hay palpitaciones en la jaula del pecho,
taciturnos truenos con sus penas abiertas,
deshojadas horas caídas del árbol nocturno.
Aquí tiembla la piedra de los párpados y los ojos son islas
que se recorren con pies desnudos y blandos.
Aquí de pronto el cuerpo se quiebra
en una imagen que vive a la intemperie,
en unas palabras de alguien ¿a quién?



² Primer lugar en los Juegos Florales Nacionales de Poza Rica de Hidalgo, Veracruz, 2007.

Caminan los sonidos

en las ruinas
de la tarde que muere conmigo.

En la mitad del verano se levantan los sonidos
—manto de respiraciones rompiéndose en mis manos—:
caminan conmigo los llevo dentro
somos almas en pena transparentes cuerpos,
en el abismo interior se disuelven
—precipicios de silenciosas presencias—.

La tumba en movimiento soy
de los sonidos invisibles que desfilan
en los dominios de la tarde.



Un calor

sube hasta mis hombros
y condena mis noches
[palpo en el comienzo de los huesos
la quemante muerte]:
crepitación del viento que se desviste
y arroja sus ropajes en el cuerpo
del árbol encendido.

Es la hora del incendio del inicio
y el calor se estrella en el cuello
y trepa hasta la frente...
quema los recuerdos.

Hay un punto exacto

donde se eclipsa la mirada del hombre

y un latigazo de silencio

paga el precio de algún enfermo sueño.

Hay una soledad en el fondo de la piel

que se va formando a la medida y se hunde hasta los huesos.

En el momento en que todo, todo el mundo duerme

—en las alas de un vano olvido—

miro el punto exacto [lugar fecha y hora]

y empiezo a borrar de mis páginas

un mediodía demencial, una astilla de lluvia,

 una isla imaginaria, una historia inventada.

Borro de mi vista incluso mis propios huesos

y prefiero pensar que sigo vivo

y espero el punto exacto

para morir escribiendo.



Viene el abandono cuando cada cuerpo
cae sobre sus propios huesos –cenizas en paz desnudas–.
El final contemplo –en el corazón de esta memoria–
mientras caen en mi garganta
las desamparadas gotas del polvo
de todos los años saciados de silencios.
Cansado en mis ojos atrapo
el grito de sombras desesperadas
–me ven otra vez en el sueño de esta tierra–.
Extiendo la muerte en tu nombre
al contemplar el camino de mi propia sombra:
nadie en mis ojos palpitantes mudos de tiempo
la nada como losa en el silencio muerto.
Abandono la noche por las bocas del alba.
Atrás de mí
 el golpe de un cuerpo al caer
 me llena los oídos.



Tiemblan las horas en los huesos:

[un látigo de fuego es el tiempo –incendia el cuerpo del día–]

en los huesos se enredan los siglos,
en los huesos se acuesta el ardiente latido del tiempo.

[Es un castillo de huesos el esqueleto perpetuo
presencia de un principio en harapos].

Ahora la muerte se consume en sus huesos,
cae en unos cantos dislocados.

La muerte se dibuja a imagen del hombre,
se escribe con una mano invisible –desollada escritura en
movimiento–.

Huesos de un cuerpo tallado en llamas.

Desatada muerte en la tarde del hombre.

Silenciosa muerte paseando en el poema.

Ahora camina conmigo y me dice:

en este momento tiemblan las horas los huesos
y tus labios callas y encarnas tu esqueleto de palabras.

Ahora muere y resucita en cada poema.



Todo lo aquí escrito reposa
en el reflejo de tus ojos
se deja caer en tu cristal transparencia
[más que signos sin edad
son estas letras pájaros sonámbulos
que buscan las ramas de tus pensamientos].
Mira lo escrito aquí:
al hablar con sus bocas sin labios
estas letras devuelven tu silencio.
Mira como todo lo escrito
es una noche que dormita en sí misma
y te cubre de caricias el recuerdo.
Desde aquí la escritura
tu rostro contempla
e inventa el navegante poema
que amanece/descansa en tu mirada.



Alguien bebe su propio sueño
un pensamiento le cierra los ojos
y cae en los labios del asombro.
[En la estancia habita un sol
que gasta su brillo en las sencillas cosas].

Alguien es viento,
agua, bosque de palabras,
follaje de luz, planeta herido.

Alguien es blanca voz
rojas letras en un libro
un sueño/llama doble
fuego de todos los días
que se quema y se despierta
en el tiempo sin tiempo.

Bajo la piel se extiende la memoria

[acariciada luz de cadencias,
calma sumergida entre destellos]:
deja que nade en el espacio del silencio
y resida en su profunda voz.

[Se apaga en este sitio el día].

[Tiembla el viento en la soledad].

He sentido el cuerpo de la noche,

las palabras que tocan la madrugada

[esas que se clavan en la lengua];

escribo entonces en el destierro de los recuerdos

bajo la piel enciendo el día y miro pasar y ahogarse el alba.

En un instante cruzo la frontera de la piel:

soy de repente un puñado de claridades,

un libro de sueños que se inventa,

soy de pronto la piel de todos los hombres

y estoy aquí con un golpe de tiempo en la mirada.



En la soledad escribo

al galope de las palabras
[cabalga conmigo el silencio –presencia imaginaria–].

Sólo escribo solo
en la fronda del árbol de luz,
en la tibia cabellera del viento.

Escribo
al pie de mi propio silencio,
en la hora del aire dormido,
en la honda frente de la noche.

Escribo siempre
siempre
cada vez que me ausento.



Un cuerpo

habla:
su lengua quiebra las palabras
respira páginas enteras.

Cuenta sobre sí mismo
el cuerpo que se mira en los escombros.

Con su torre de palabras
se pierde en la tarde edificada.

[En las sombras sigue sus pasos].
El cuerpo transcurre su presencia:
se mueve en estas letras,
se persigue
al tiempo que busca un n(h)ombre.



Serani³

Como el agua te asomas en la mirada que desciende,
como labios del alba humedeciendo las espaldas,
así vienes con tu voz en el viento
en las olas de mis sueños.

Vienes a la isla solitaria
a esconder lejanías que nos separan,
y te espero en un barco a la distancia,
en el vuelo de las blancas aves,
en las sombras que atraviesan tu recuerdo.
Toco el agua con la piel herida por tu ausencia,
bebo el alba que pronuncia mi boca,
con las arrugas de mis manos
acaricio el viento que silba tu nombre,
tu bendito nombre en estas palabras,
en estas páginas
donde se hacen los poemas a la mar (al amar):



³ Primer lugar en Tema Libre, en los Juegos Florales Nacionales de Jacona de Plancarte, Michoacán, 2009.

Mujer,
te asomas en el rumor que somos a medianoche,
en las sombras largas tendidas en la arena,
y abres la puerta distante
en el instante muerto:
oye
como el tiempo corre en la espuma del mundo de agua
y mira la luz de luna caminando entre los sueños:
a lo lejos viene el recuerdo
con sus labios de húmedas imágenes/palabras;
y tú, desnuda del alma,
levantas las huellas de mis manos
en el viaje marino que nos une.



Y la mar viene entre tus manos,
a dolerme
en las horas ciegas de la noche,
cuando espero tu mirada en el cielo
que se abre de estrellas.
Es la mar
quien murmura sobre mi frente,
es la mar
quien me hace caminar en las aguas salobres del pasado.
Es la mar tu voz y tu sueño
donde mueren las últimas lágrimas de la tarde.

Penetran las raíces de agua de tu nombre
en la tenue claridad de este día,
acude tu nombre de luna hermosa
en este día que palpita en la alborada,
aquí donde tu amoroso nombre de misterioso mar
se vierte en el agua azul de tu cuerpo.
Mis pasos se apagan
en la arena eterna de tu nombre,
y camino con los viejos pasos
de una promesa prohibida,
y vuelvo vestido
con el murmullo del viento marino
a la sombra donde no te encuentro.
Bendigo la piel desnuda de tu recuerdo claro
y bendigo el maduro sabor
de tu silencio prolongado.



Tanto silencio
se va acumulando en la llanura de tu recuerdo,
tanta ausencia en la calidez de tu cuerpo;
y el aire se derrama
en la mañana que siembra tu retrato,
y estás a mi lado en las sombras de mi alma
—tibia presencia—
sonriéndome la noche entera,
el día entero, la vida eterna.

Tanto silencio
caído en mi costado izquierdo,
tanta ausencia
en este sitio de palabras;
y el aire que siembra los sueños,
y está tu nombre, bendito nombre,
con sabor a mares y lunas, Serani
—desprendida melancolía—
creciendo en mis adentros,
esperanza interminable
como esta mar que nace entre tus manos.



Viento de paz⁴

*Cuando me preguntaron sobre algún
arma capaz de contrarrestar el poder
de la bomba atómica yo sugerí
la mejor de todas: la paz.*
Albert Einstein

*Se tardan veinte o más años de paz
para hacer a un hombre y bastan veinte
segundos de guerra para destruirlo.*
Balduino I

El viento en este espacio,
delgado trino,
quiebra el silencio
y desnuda la luz
como el sol a las casas
en el amanecer de mi pueblo querido.
El viento es una luz con su canto de paz,
recuerdo que se detiene,
se levanta e insiste
en ser escuchado.
Se dispersa en el mundo con ansias
de volcarse y tocar las almas.
Viento de paz desde lo más hondo del tiempo,
menciona su palabra
entre los escombros de este mundo
que hemos destrozado.
Eleva su plegaria
en este mundo impasible,
de gente solitaria entre la muchedumbre.

⁴ Primer lugar en los Juegos Florales Nacionales de La Plata de Taxco de Alarcón, Guerrero, 2011.

Hazme soñar, pacífico viento:
que la soledad cura el alma,
que las lágrimas purifican el alma,
que el silencio en la mente
camina por los senderos del alma,
para despoblar el estéril desierto de la guerra,
para acabar con la desolación de la tierra.

Porque no queremos
la palabra paz tatuada
en el espíritu de los ya fallecidos
en cruentas y vanas luchas.
No queremos la paz
de los sepulcros manchados de sangre
ni la paz del silencio
de los labios amordazados.

Queremos la paz del viento
en los verdes campos,
en las fábricas citadinas,
en la piel del planeta.

Queremos vivir
libres de rencores que matan,
queremos la paz de la lluvia clara del cielo,
de las sonrisas de una madre y de un niño,
de un anciano y de aquel que levanta al caído.
Queremos la paz que se encuentra
en el agua que se ofrece al sediento
y la del cielo constelado que nos ilumina
en las oscuras noches de la vida.

El viento viene inmenso
en el sueño de una paz entre hermanos.
Déjame seguir soñando:
que la paz florece
en la mirada de los hombres,
que de sus manos
nacen pañuelos blancos
y no fusiles que matan al hermano,
que nuestras armas
sean las palabras buenas
para abatir la ignorancia,
la envidia y los rencores.
Que nuestra espada sea la poesía
para cortar las cadenas de la esclavitud
y que los cantos de los niños
sean más fuertes
que el estruendo de los cañones.

Sueños de paz:
sueños a ojos abiertos,
anhelando la voz del viento
purificando el alma,
desprendiendo palabras de aliento
como las hojas al árbol otoñal
a quienes deseamos la paz.

Soñemos juntos
en las alas de esta noche,
en el silencio transparente,
en el aire de este pueblo,
en la luz que reposa en el alma.

Acompáñame a soñar:
a escuchar el canto del viento,
a recordar los mejores tiempos
y volverlos al presente.
Sueña conmigo hermano,
canta conmigo esta canción de paz,
sueña con los ojos abiertos
y lo que sueños se hará realidad.

Y si una persona muere,
que no sea por las balas,
sino por las flechas del amor anhelado,
y si un niño pelea
que sea contra las tinieblas de la ignorancia.

El viento viene
con su canto de paloma blanca,
poema paloma de la paz.
No hay más canto sagrado
que no sea por la paz,
no hay más palabra
que no sea el amor por la paz.
Por este poema de canción en el viento
habremos de vivir hermanados
en la patria amplia llamada mundo.
Por esta canción sustancia del alma
y de este viento hablando al oído
debemos anhelar la paz.

Por este viento de paz,
delgado trino,
quebrando el silencio
de las frentes,
habremos de iluminar
el solar de la infancia,
por ellos, por los niños del mañana,
encendamos las palabras de la paz.

Por esta patria que despierta al alba,
entonemos el canto
por este viento de paz
que astilla la mudez del mundo,
alcemos la mirada
para cantar al cielo,
para alumbrar el recuerdo
de lo humanos que somos...
que necesitamos ser.

Blanco poema de la paz:
que tu canto se eleve en el viento
y se deposite en el corazón
de cada hombre
deseando sentir el viento de la paz.
Que las palabras de tu cuerpo
abran las puertas,
alumbren los caminos,
enciendan el fuego de la libertad.

Que sólo sean las palabras
las antorchas en las noches de guerra,
los sueños en lugar
de la lluvia de la metralla.
Sólo palabras de paz
en el bosque y en la montaña,
en las cuatro estaciones del año,
en oriente y occidente,
desvaneciendo las sombras del encono
con palabras, sólo con buenas palabras.

Camino por las veredas de la vida,
sosteniendo en las manos,
esparciendo bajo los astros
el poema viento de paz.
Ahora deja de soñar y despierta
con esta paz olvidada
por la ambición de unos cuantos
inmersos en su locura.
Despierta conmigo con esta paz
en los pueblos de sol y de plata,
en las calles del sur y del norte,
en las mansiones suntuosas
y en los jacales de cartón.

En el polvo de los caminos,
en las arrugas, ríos de tiempo, de los ancianos,
despierta a mi lado con esta paz.

Y encendamos la palabra
que ciega a los opresores.
Caminemos descalzos,
vestidos de blanco,
por esta paz que lo merece todo.

Futuro epitafio:
*No en la guerra ni en el miedo,
sino en mi lecho de muerte,
en la hora de la luz celestial,
anidará en mis ancianos oídos
el viento poema blanco,
y rodeado de mis hijos y mis libros
he de morir en paz...*

Pulido es el silencio en los oídos de la locura⁵

Voy a escribirle a la vida con el corazón de un lunes desangrado
Escribirle de los caballos desbocados que van por las calles
rompiendo los silencios de mis oídos Escuchar el milagro
de sus cascos rompiendo la memoria de mis días terrenales
Voy a dejar caer unas palabras en el futuro que se derrumba
en esta ciudad con sus edificios demolidos por el tiempo [mi
vieja ciudad amurallada de escombros y sus manos enfermas
que nos atosigan por siglos] Voy a escribirle a la vida con
mi vigilia de muchos años de caminar por las oscuras noches
de mis sueños Escribirle con las voces de las aguas que se
derraman de los cielos para limpiar nuestros pecados Voy a
soltar los murmullos que tiemblan en mi cabeza y se adueñan
de mis párpados Aquí comienzo a escribir mientras los
ángeles agitan sus alas ante el dolor humano Aquí empieza
en realidad a depositar sus palabras el silencio en los oídos de
la locura



⁵ Primer lugar en los Juegos Florales Nacionales de Jacona de Plancarte, Michoacán, 2011.

Camina el loco por las profundas cavernas de la memoria
Anda con la vida reflejada en las pupilas de las mañanas
claras Todo lo mira el loco para despertar la luz en la frente
que se le enciende a cada recuerdo Va por las sendas de luz
en la delgada quietud que se despierta Respira el aire y toca
el mundo con la mirada envuelta en el follaje de los días Nace
el pensamiento en los amarillos días que se derraman en sus
locas manos Camina el loco en la transparencia del alba Se
detiene algunos instantes en medio del bullicio de la gente
entre las piedras que brotan bajo sus locas pisadas Absorto
en su silencio interno mira las calles despiertas vestidas de
cuerpos ambulantes que se desvanecen en el aire Flota ante
sus ojos locos la palabra que muere siempre en la mente
que se vuela Lento es el viaje en la ola de luz que se asoma
en la loca mirada: todo permanece en el olvido del viento:
hay recuerdos que vienen a morir en las manos de quien
escribe Porque al loco le da por robarse las imágenes del día
Y le da por escribirlas en las hojas de los sueños Y la gente
siente el derecho de llamarlo poeta Él dice que sólo es un loco
escribiendo los sonidos de sus pasos Depositando las voces
que cantan su silencio en el loco oído Sobre la cabeza loca
las nubes se embarcan en el viento Y un sol sube por los
peldaños de sus cejas para navegar frente adentro Se levanta
el mediodía con su amarilla claridad y se adentra a fuego lento
en las frías sombras de las preguntas locas La substancia del
día filtra su luz en las tinieblas de la muerte Y muere el ruido
mundanal en los oídos del loco solitario.



Vienen hacia mí los árboles deambulando con su verde melena por los senderos de la memoria A los dos lados de mi cuerpo se asoman y me sonríen con su carga de pájaros Camino por las veredas sembradas de robles ceibas y framboyanes Verde es el amanecer en sus brazos y los suspiros de los amantes que piden tregua en las bancas de estos parques donde duermo donde sueño: No pesa el verde en los bolsillos de los pantalones raídos de los vagos que aman el mundo de los cuerdos Y empiezo a andar con estos pies descalzos por las sendas de la palabra Camino hacia el principio como quien viene al origen olvidando el fin de los días Caminar hacia atrás con los cabellos enredados en la hojarasca de los árboles y entre los trinos de los pájaros de luz Volver a las raíces para abrir la ardiente puerta hacia el bosque de voces que nombran los antiguos días y llenan de cantos el mundo Dejo atrás el futuro y miro con los ojos llenos de verdor los luminosos cristalinos gigantescos árboles que nacen de mis manos.



La muerte es un recuerdo disperso en la blancura de esta hoja espejo donde se enfría la adolescente noche La muerte dormita las sombras en los brazos del silencio y desploma los ruidos en esta ciudad desolada Camino hacia lo más hondo de mi esencia en busca de los fantasmas que balbucean las nocturnas oraciones En la oscura existencia de la palabra sueño impasible a la muerte que nos enreda en las hebras de su aliento Sueño que camino y desciendo al abismo de mis ojos cerrados La sangre ensimismada se agolpa en las sienes de la noche Deshojo el árbol de los sueños La muerte es el árbol caído de los sueños Camino en la albura de esta hoja ¿Oyes el viento que susurra fantasmas? ¿Escuchas las palabras de la noche? Es el silencio con su neblina cerrándonos los ojos derramando en los párpados unas gotas de muerte para despertar cuando la aurora se encienda en nuestras frentes



La noche es un viaje donde las hojas del fuego alimentan la patria de los sueños La noche son las mares de tus ojos en el agua de tu nombre La noche es la diamantina desnudez de tus palabras vertidas en las sombras de nuestro polvo La noche es el silencio náufrago en la bruma de la esperanza La noche desemboca en la blanca marea que reposa en tus brazos La noche es una barca desatada en el alma de tu cuerpo Eres la noche con sus fantasmas desplomando los recuerdos en la luz del insomnio Eres la noche danzando en el viento encarcelado en mis oídos Somos la noche con sus presencias *alborando* en las manos cenizas de las horas lentas Somos el rostro desgastado por la existencia de las sombras Soy la noche que se mira en la muerte del tiempo en el pensamiento que llama para quemarnos cuerpo adentro Soy el grito escarbando en la noche para vencer el instante de la muerte Eres la noche zarpando de esta página para encontrarse a sí mismo Eres la noche escuchando *el silencio en los oídos de la locura*



Marítimas⁶

“Marítimas”, de Ariosto Uriel Hernández Pérez

*Explicar con palabras de este mundo
que partió de mí un barco llevándome*

Alejandra Pizarnik

La mar interior suele ser más o tan profunda como el océano físico que nos rodea. Viajar a sus islas y litorales es una aventura extraordinaria.

Cuando entren a este libro entrarán a la mar.

En palabras del propio autor, este poemario uniforme y conciso es la bitácora de navegación en sus mares interiores. Se denota que emerge de las propias brumas del alma para entregarnos este trabajo tan bien tallado sobre una pasión que se percibe como ineludible.

Por momentos nos hace sentir que él y la mar son uno, que su invención y simbiosis es tan fuerte que podría decirse que el mismo Ariosto es una de todas las fantásticas criaturas marítimas.

Con su voz nos habla la mar, nos enuncia la llegada y partida del eterno marinero. El lenguaje es extenso y, como un faro sobre nuestros ojos, la lectura desemboca en intensas sensaciones que solo puede provocar la mar. Navegando sus mares interiores es que el autor nos invita a mutar en peces y recorrerlos.

Todas las actividades acuáticas encuentran reflejo en estas frases. Ello se da por la relación temprana que tuvo

⁶ Premio Internacional de Poesía del Mundo Maya “Ramón Iván Suárez Caamal” de Calkiní, Campeche, 2012.

Ariosto con la mar, realmente uno encuentra sus pies en el colosal límite de la arena y el agua. Pero también amaina la tormenta espiritual, nos choca con el corazón del huracán para que sepamos que estamos con vida.

La navegación del abismo interno de Ariosto comienza en el útero y se prolonga a los remos que sirven para continuar la marcha. Él no atraca, lleva su barco extraviado hasta el fin de la vida.

Con suma sabiduría asume la mar como su patria, su bandera es de sal. Nos transmite su devoción haciéndonos partícipes de su amor, su *a-mar*; junto a él contemplamos el *amarecer*.

Las palabras y las frases vienen y van en un oleaje intenso, íntimo. ¿Cantan las sirenas y nos seducen? Espuma y rumor. Si se cierran los ojos se siguen escuchando sus voces en estos paisajes de ensueño.

Si no conoces la mar te zambullirás con estas palabras en sus aguas. Esta obra se baña todo el tiempo en nostalgia, nada en la ilusión.

Lo personal se ubica aún a cuestras, lo superlativo de lo impersonal nos pasea por el puerto, nos traslado a sus peces, sus fragancias, las texturas del coral escritas se hallan.

Sus metáforas ansían ocupar el rol de mitologías marinas incrustadas a partir del desarrollo de la lectura. Como él nos escribe: *el barco de sus palabras sueltan las amarras*. Admirable poesía la de este libro en su pleamar y bajamar lírico.

Espero que disfruten este chapuzón literario.

Ramón Iván Suárez Caamal
Bacalar, Quintana Roo, febrero de 2013

Soy el marinero ante los relámpagos que envuelven la tristeza de los días de lluvia El surcador de siembras en la promesa de la vida nueva semejante a la nave del sol que rueda como una redonda piedra en las horas del claro cielo Fuego de voces en los ojos de la tarde incendiada que se enreda en el sabor de las frases sueltas a las sombras de los muelles Fruto de la tierra ignota de la muerte y su cráneo como un árbol ardiendo en altamar Desgajo las palabras de las islas ahogadas en la inmensidad de la noche Sueños largos envueltos en el humo del olvido la costumbre del olvido Soy el navegante respirando a través del tiempo Viajero clandestino amaneciendo en otro puerto Habitante de la barca solitaria que se apaga en la ciega helada noche de la lluvia Soy el marinero hecho de sal y arena quien suelta las amarras de las marítimas palabras y las escribe en esta bitácora para vencer las brumas del olvido:



Faro es una palabra hecha de luz Ojo pulsando las sombras de la nocturna casa de la mar Antigua linterna en el rostro de la noche Muda luz hundiéndose en el aire marino Boca desprendiendo su silenciosa palabra iluminada El faro calla a las tinieblas y su camino de luz dirige a los navegantes Su silencio pesa en las sombras Con su dedo giratorio dibuja las naves y su luz avanza sobre las aguas hasta llegar a la madera de los sueños vivos El faro de Xicalango escucha el eterno canto de las olas y se adormece al llegar el alba Cierra su ojo su boca ante el oleaje del sol



Amanece en el puerto Las voces del agua humedecen el aire El sabor a marisma duele en los labios Olas de cristal y espuma se elevan hasta llegar a las arenas Miro el claroscuro del amanecer en el muelle Los siglos de agua desangran sus voces ante los hombres de mar Se mueve en el aire el filo de sus claras palabras Sediento de cantos el hombre de la mar tiene el silencio entre sus brazos mientras ancla en la profundidad de su ser el deseo de sal Las barcas señalan la senda hacia los peces Horas antes partieron los pescadores hundiéndose en las aguas las atarrayas de los sueños A lo lejos resplandece el fuego anaranjado del nuevo día La soledad ahogó sus penas en la playa El bullicio de las aves salpica el cielo Cuelgan de la aurora los colores que pintan el despertar del puerto Los minutos de luz tejen las formas y mis ojos aprisionan cada imagen para caminar acompañado por las calles del alba

En la madrugada los barcos emigran del muelle Atraviesan espesas nieblas con el frío recorriéndoles las espaldas Más allá del puerto el rumor de la mar despierta las palabras de los hombres Marineros navegando en la madera dormida de los bosques Hora temprana del día para apagar las sombras lentamente con las voces de los hombres y de la mar Concierto marino iluminando el *amarecer* Las olas mojan los recuerdos de los barcos salpican la memoria de los hombres Y los cantos se encienden para calentar el corazón para aliviar la saudade de aquellos que permanecieron con la mano en alto en la orilla del muelle Aquellos que guardaron en la piel la promesa del retorno



La mar es la noche de un agua inmensa Es la llave de piedra en el silencio que se abre como una puerta en el tiempo Es el sueño de un bosque fugitivo a la sombra de los hombres La mar es de un agua sonora meciendo los árboles que llevamos adentro sus hijos Es el aire que lava de luz los rojos atardeceres Es el murmullo del amanecer El sollozo del puerto abandonado La mar es un espejo que tiembla Un horizonte de agua sin edad Mar de barcos hechos astillas Mar donde los navíos surcan la piel de agua y espuma Mar donde los sueños llueven cuando las horas se manchan de noche Mar que murmura cuerpo adentro desde los primeros días de nuestra vida Mar que nos ilumina el desnudo cuerpo el desnudo espíritu del primer encuentro La mar es el agua de una noche inmensa que atravesamos con la luz del alma

Mi casa es la isla del asombro Universo que se ilumina en el imperio de la mar Miro levantarse el viento desmoronando las sombras de la mano del sol Uno sabe que en los labios brotan las palabras de sal Que los ojos se llenan de asombro cuando la delgada luz echa su saludo sobre las cosas de las casas Se siente la ciega mañana en la piel desnuda Ojos profanando la belleza de la isla Ojos a semejanza del filo de una espada cortando el día en sombras y luces Ayer mi casa se llenó de sombras viejas sombras larguísimas como la línea de la mar Hoy la isla brilla con el sol a cuestras En mi casa vive la aurora con su piel tatuada de hombres y de barcas Amanecí con la palabra isla en la boca Una boca llena de asombro como la primera vez que mi madre me llevó a la mar Mi casa es una isla donde planta el tiempo sus memorias



La tormenta y sus animales elementales tocaron a la puerta del puerto Un abismo de noche y de miedo se nos vino encima La noche nos llovió entera La tempestad y sus huéspedes azotaron a la ciudad Se ahogaron en las aguas de la noche los lamentos y las oraciones Los árboles arrojaron sus harapos al ventarrón Los relámpagos y truenos embistieron los aires y la tierra Los vientos eran caballos desbocados desolando las calles La tristeza trazó un nuevo mapa en nuestro puerto Ciegas casas con sus ojos cerrados La tormenta nos espantó el sueño a silbidos de viento El mar lanzó a la deriva los navíos del muelle Barcos boca abajo buscando a los hombres perdidos Ahogados Patria de la devastación la tormenta He mirado el puerto después de la tormenta y la mirada duele El alma duele

Desde que yo navegaba en el océano del útero de mi madre se fue del puerto mi padre Viajero sin nombre A la deriva del viento se fue envuelto en la piel de la noche La espera ha sido desde que estoy despierto Vigilo una hendidura del tiempo con el sueño preso en la imagen borrosa de mi padre Fantasma agrietado de un barco que no atracará en el muelle del día presente Los años han rodado en las aguas de la mar Su nombre derribado en la espuma y borrado en las arenas Barco extraviado el recuerdo de mi padre Náufrago sin isla sin edad sin huella en el océano del olvido Tal vez en el ocaso de su vida mi padre abandone el sabor amargo de ese olvido en los labios y se alargue su sombra hasta tocar la puerta de mi casa



Mi patria es la mar Mi lengua es de sal Vocación del árbol sobre las aguas El horizonte me atrae mar adentro y dejo en la tierra los sueños de niño Hombre de mar con ríos caudalosos en los brazos que desembocan en la mar de las manos Los cantos afilan sus cuerpos en la garganta del marinero Voz a cielo abierto lanzada al aire iluminada por la estrella del amanecer Mi patria es la mar y sus manadas de olas Mi compañero el viento hinchando las velas del alma Mis amigos el sol y su brillante palabra y las estrellas tatuadas en la espalda Mi patria es la vieja mar y mi bandera es de sal

La tinta de la noche se extiende en la isla Busca la escritura en las albas páginas de esta hoja Levanto el hambre de palabras en las sombras húmedas de su cuerpo Los anillos del sueño se abandonan en mis dedos El árbol del poema entierra sus raíces en las entrañas de la noche En mis oídos despiertan los sonidos de la mar Las olas perpetuas suicidándose a golpes en las rocas de las escolleras Desnudas letras arrojadas a mi piel en la marejada nocturna La escritura de la mar tiende sus redes Escucho escribo sueño mar adentro La noche es una barca hecha de páginas para surcar la espalda de la mar para irse con el silbido del vendaval para llover toda la vida palabras de sal



Amanece en la mar La madre de la vida ve crecer el alba y su rojizo parto de sol de luz en la patria de los marineros Desnuda luz y su testamento de navíos que escriben en las páginas de agua Barcos trazando su escritura de navegación en los renglones de agua Amanece en el puerto de mi infancia cerca de las islas nacidas del alba Mar iluminada Madre radiante por la flor amarilla del sol Morada antigua de los hombres que aman la piel espumosa de tu cuerpo Alumbrada mañana en la mar que guarda los sueños

Si pronuncio la palabra isla emerge un lunar en la piel de la mar
Crece un barco en el aire para inventar la mar Como
estrella en el océano de la noche es la isla luminosa en la
imaginación Pulso visible del corazón marino Silencio entre
el canto de las olas La isla es el tiempo petrificado Refugio
de los náufragos de la vida y de las aves que blanquean con
sus alas la mañana Si pronuncio la palabra isla brotan de mis
manos las voces de los barcos Vuelan gaviotas de agua y sal
El viento suspira el aroma de mar



Una mujer a la orilla de la mar abre la luz del amanecer En
silencio las arenas guardan sus pequeños pasos Las mínimas
olas se extienden hacia su clara sombra Mi tristeza galopa
invisible con los caballos del viento Se me va la nostalgia que
se agolpa en el pecho Una bella mujer a la luz del alba con
sus manos claras me alumbra el alma Sus manos húmedas
de mar tocan el canto de la mañana Florecen aves de sus
manos y construyen barcos en la distancia Hermosa mujer
de la mar cantando en la orilla de la playa Deja en las arenas
su lenguaje de sal Conduce hacia el muelle el barco de mis
palabras Su nombre escribo en el aire con astillas de luz Susana

En la orilla de una calle sin nombre he visto rodar el silencio
Dicen que después de la tormenta viene la calma Mi boca
sostiene el asombro en los labios abiertos Salta la mirada de
una escena a otra Y no veo la calma La desdicha se despierta
en cada esquina Sólo quedaron en el recuerdo los árboles
de la alameda y su cargamento de pájaros Los vidrios de
las ventanas se han quebrado por el diamante del viento
huracanado Los hombres y mujeres son aves heridas en el
cuerpo y en el sueño Callada soledad en las gargantas Ojos
tristes por las cosas perdidas Almas tristes por las vidas
perdidas La música del sol no viene La borrasca se adueña
de todo el puerto La mañana despertó sin cantos Los ayes
de dolor golpean los oídos inundan como el diluvio a estas
calles sin nombre a la orilla del recuerdo



Estoy en el acantilado despidiendo a la noche y a sus elementos
Ante el nacimiento del fuego en lontananza presencio la lenta
muerte de las delgadas sombras cortezas de las cosas como
el finísimo polvo del olvido Afiladas hojas de silencios las
sombras que se desvanecen al brotar el alba Muerde el sol
al cielo y su rojiza sangre se extiende en el cuerpo del día Se
enciende el cielo y sus manos tocan todo a su paso Es un canto
hecho con palabras de luz el alba Desde lo alto del acantilado
mi pensamiento se despeña para ad(mirar) a los habitantes
del mundo marino delfines peces ballenas rocas algas corales
barcos desmañados hombres de sal islas olas arenas sirenas
y tritones Cierro los ojos y aspiro el aroma que el viento
dispersa por el puerto Aspiro la belleza el aliento de la mar

Arden los colores al despertar la mañana En nuestra mirada la
mar se pinta con los pinceles del sol Aguamarina la superficie
de las olas que crecen con sus párpados de espuma La isla
tiembla ante los embates del viento y su color de verano
ardiente El puerto también despierta con el bullicio de su
calles De las ventanas cuelgan los sueños de los habitantes
de esta ciudad nacida a la orilla de la mar *Agualuz* desciende
de la mañana con su paleta de colores Una lluvia de arcoíris
ilumina el pueblo de pescadores Charcos de azul ultramar
azul cielo verde esmeralda y blanco de espuma pintan las
paredes de las casas Casas de canto y arena construidas en
este puerto de luminosos nombres Isla del sol Puerto del
Trópico Ciudad de la Mar



Aquí los árboles se hicieron a la mar Tornaron sus
arborescentes cuerpos en pequeñas barcas y grandes navíos
Aquí los colosos de madera cayeron en su silencio humilde
Ofrendaron sus cuerpos a los hombres de la mar Aquí los
árboles se resignaron a dormir profundamente y cumplir
el secreto sueño de viajar Heridos por el filo de las hachas
y sierras callaron su dolor Porque abandonar la tierra para
siempre significa sacrificio En el astillero despertaron los
árboles Abrieron sus ojos ante la inmensidad de la mar y
adoptaron el nombre en su costado Cantaron los árboles
con la voz del viento para despedirse del muelle Dijeron
adiós a los habitantes del puerto con la misma promesa del
marinero de retornar Y los árboles y hombres trazaron
su escritura en los surcos abiertos en la piel de la mar

El primer día con sabor a mar es una inmersión al origen de la vida Es el derrumbe de los sentidos en el agua Silenciosa voz de los peces que nadan ante los ojos El primer día ante la mar es la costumbre de llevarla en la sangre Es la ardiente playa que nos muerde las plantas de los pies desnudos Piel cicatrizada por el día inaugural de nuestra visita a la mar Es el tiempo de espumas en las auroras y los crepúsculos Encontrar la mar es alojar el asombro en los labios en los ojos en el alma Amar ese momento permanente ante la inmensidad Universo de agua de recuerdos marinos El primer día vestí mi cuerpo con estrellas de mar caracolas y conchas Caminé por la alfombra de arena Mi pensamiento navegó hacia las islas imaginarias de las mares interiores Aquí estoy como en el primer día con la compañía de mi sombra de mi asombro primero Viene la voz del océano Mañana la seguiré escuchando



Vuela el pensamiento sobre la costa Conmigo permanece la sombra de la memoria Soy el niño que sueña en lo alto del muro de esta ciudad sitiada Y asciende la mirada llena de melancolía por aquellos años los que lentos transcurrieron en el puerto de mi nacimiento El martillo del día golpea con su claridad las escolleras las casas el verano viviente y amarillo Las olas se rompen con su canto de océano languidecido Le acompaña el viento que silba quebrando el silencio en mis oídos El niño que fui abre los ojos Mueve la barca de su cuerpo Abandona el alto muro inacabable El día soleado lo hace navegar hacia la playa donde la tristeza es una noche nublada que se ha ido

Cerca del mediodía en la ciudad Un resplandor de dagas
hiere los ojos Día poblado de luz agitando el puerto A unos
pasos de las doce del día el trajín corta el silencio El bullicio
asciende en el muelle El calor alarga el instante preciso del
mediodía Se siente la quemadura del sol en las manos en
la espalda en la memoria En la piel despierta un recuerdo
en llamas Contemplo la ciudad desnuda Canta con voz de
fuego en la hora exacta Mi sombra despierta justo debajo
de los ojos Entro en la edad de la tarde cuando sus primeros
minutos escriben su nombre Las horas se irán lentas como un
río tranquilo hacia el océano de la noche



Día miércoles 12 del mes de septiembre del año 2012 Inicio
una extraña travesía hacia las profundas aguas del pasado
En el vientre de una embarcación con sábanas blancas en la
arboladura navego entre los siglos para encontrarme con mis
ancestros Viajo hacia donde llueven las palabras Donde es
doloroso callarse a pesar de querer escribir el nombre de la
vida en las venas Huésped de aquella noche eterna hablo con
mis ancestros Doña Ángela y Don Efraín para que intercedan
por mí y permitan a mis viejos huesos retornar al muelle
de mi partida Acostado en mi nave enfebrecida la agonía
derribó mi cuerpo mas no mi espíritu Desnudo en esta cama
veo el amanecer Una mano blanca se extiende para que yo
guarde silencio y escuche la voz insonora El nuevo silencio

Día martes 9 del mes de octubre del año 2012 La enfermedad primero y ahora en las tranquilas aguas de una prolongada convalecencia Recuerdo haber navegado en las frías mares de la muerte Frías arenas de la mar de la muerte Un sol frío de una lámpara de hospital iluminando mi derrotero Cinco días letales conversando en silencio con la muerte Cinco días con la mordedura de la fiebre en el débil cuerpo Lo recuerdo todo Las pequeñas manchas color púrpura en la piel para desangrarme la vida Las frías manos apresándome los morados tobillos para desterrarme de la vida para hacerme naufragar y ahogarme en el olvido Cinco días habitante de sus sombras Y como el Ave Fénix renazco de las cenizas por el líquido milagro del Señor Ahora apago la luz de los recuerdos con la certeza de navegar en las noches para volver a ver la luz del nuevo día



Hoy salí a caminar despacio por las calles del puerto Antes del amanecer llegué al muelle y admiré la hermandad de la mar y el cielo El sol tiñendo lentamente de rojo las aguas y las nubes Hermoso paisaje de Dios Me alegra el corazón observar las cosas que tal vez ya no hubiera visto jamás Como aquellos pescadores que arrojan sus redes sobre la piel de la mar La rizada cabellera de las aguas coronadas de espumas La flamígera espada del sol que se alza cada día para llenarnos de calor Los barcos arando con su quilla las hojas de agua de la mar Las tibias arenas debajo de mis pies desnudos Porque después de volver a nacer se huele mejor el aroma de la mar y el viento se arremolina en el pabellón de la oreja y se escucha mejor el eterno canto de la mar Se habita este puerto con todas las letras de su nombre Puerto del sol Puerta del sol Puerta de sal Se tiene una nueva mirada Se siente el alma nueva

Las horas de la tarde se desgastan en la piedra clara del día
La tarde y sus latidos en cada elemento del puerto Piedras
transparentes las horas que ruedan se escurren por las calles
y desembocan en el muelle La tarde y sus palpitaciones
en el espléndido silencio que se agota hasta hacerse nada
Los minutos vienen montados en el viento para mover
las manecillas de las horas Desde esta ventana nombro la
tarde La nombro lágrima del mundo olvidada sombra de un
hombre en la arena huella borrada por la marea del tiempo Se
desgastan las horas los meses y los años Algún día abandonaré
esta ventana y me iré con mi alma con los bolsillos llenos de
recuerdos



Por unos instantes se calla la ciudad y puede palpase
el silencio de la tarde que sube hacia el crepúsculo para
arrojarse al abismo de la noche Una enorme ceniza
mancha el cielo del puerto En esta hora gris viene ese olor
salobre de la mar El rumor de las olas golpea las rocas
crepusculares El faro erguido en su silencio pronto abrirá
su ojo luminoso Los anfibios hombres abandonan las
aguas y encallan sus barcas en las arenas Suben sus voces
aquí hasta el muelle donde poco a poco gotean las sombras

La tarde ceniza ha callado Las sombras de la noche inician la conquista del territorio porteño Suenan en el aire los nacientes rumores de la noche En las delgadas oscuras hojas del libro nocturno leo estas palabras de fantasmas Es tiempo de levantar los nombres Atreverse a hundir el pensamiento en la oscuridad del tiempo de las aguas oscuras con su camino de claridad lunar Desde mi cuarto huelo la noche Tengo unas astillas de luz en el cuaderno de la mesa Escribo los rumores que vienen de la mar del silencio y de la soledad En mis párpados pesan las palabras de agua Voy a soñar con la edad de la mar con el horizonte infinito de sombras alargadas hacia el tiempo Voy a soñar que escribo en los senderos de la noche Voy a describir el rostro de mi ciudad soñada



El barco de la palabra suelta sus amarras mientras el marinero anclado en tierra anuda las frases para formar el poema Un muro de silencio se levanta en la isla ciudad se asoma a la ventana de esta morada La noche es un océano negro hacia donde se extiende la mano trémula de quien escribe Tatuaje de semillas sembradas en el cielo constelado Letras plateadas de la nocturna lengua Fulgor ecuatorial vasto como las aguas del planeta Mi barco es el pensamiento navegando en las oscuras aguas de la noche Un río de letras fluye de la frente hacia la mano Cascada de luz *Agualuz* en el sueño del marinero

Soy el timonel de esta nave arborescente que cruza la galaxia de agua del Atlántico En la lejanía flotan los sueños envejecidos de los seres marinos Duermen en la niebla los nombres de los animales acuáticos A la distancia observo la isla envuelta de noche Giro el timón hacia el abismo de la eternidad oceánica Emigro con la memoria despierta Creo habitantes de la mar de la tranquilidad un puerto habitado por los sueños de los hombres una tempestad que cae a través del embudo del tiempo un naufragio en altamar de los hombres que no creen una luz que nace en la vejez en las ruinas del cuerpo temporal La noche inicia Voy a navegar toda la noche sin soltar la caña del timón



Susana serena Susana sirena Niña nacida en la casa de la mar Crecida en la ciudad isla con el inventario de la mar en la mirada Fugitiva de la tierra busca brisas y arenas playas y muelles Es habitante de las aguas puertos y archipiélagos Mujer amante de sal Su rostro encendido por el rojo crepuscular Su cuerpo de luz como una visión angelical El corcel del viento cabalga por su larga cabellera castaña llanura virginal Navega por la vida en su galeón con la brújula estelar con su canto celestial Gaviota blanca cruzando el sueño de la niña luz Mujer de la mar

¿Recuerdas sirena? Visitamos la ciudad amurallada La piedra antigua nos vio caminar por el malecón ganado a la mar Un pequeño muelle al fondo de este recuerdo fue testigo de una fotografía sepia de nuestro amor Una lluvia de tormenta tropical dejó su huella en nuestras ropas La lluvia y sus versos de agua fresca en la sonoridad del tiempo Palabras escritas en nuestros cuerpos Mujer sirena ¿la recuerdas? *La novia del mar* y su serena mirada desgastada por el viento Novia petrificada renaciendo en cada amanecer sembrando silencios cada día escuchando la voz el latido de su amado mar



Creo en la mar y sus murallas de agua En la música de su piel rumores de olas Creo en el llanto de las tempestades en altamar donde muchas veces se pierde la esperanza de vivir Creo en las voces de los sagrados animales marinos Creo en el vientre de la mar madre de los primeros seres planetarios En su palabra oceánica iniciando la historia de la vida Creo en las mares que nos unen a los hombres En las naves cicatrizando los cuerpos de sus aguas Creo en la mar y su insaciable sed de tierras provocada por los hombres En la mar despierta compartiendo los sueños de los marineros Creo en la mar eterna Mi última morada a donde he de navegar

Tengo una barca que es esta isla Ciudad nacida en la sonoridad de la mar Sueño/navego con mi isla en el Golfo Llego a la ciudad amurallada Atraco en el muelle de su otoño Mi barca y yo dejamos nuestras huellas en las arenas de sus playas Paraje sin polvo Sólo sol y palmeras Brisa marina sumergida en la luz de las palabras Mi barca es un sueño marítimo interminable navegación en la desnuda noche de este siglo Melancolía del puerto abandonado Milagro de agua en el paisaje costero Mi sueño es la barca arribando a la *Garganta del Sol Maya* para escuchar la voz del silencio en la noche eterna y vivir las metáforas de la mar



Una botella emigra hacia la mar Un poema tripula su vientre de cristal Un canto contenido en frases de sal Milagrosas aguas transportan el silencio de la palabra escrita Transparente nave asomándose a la lluvia del día a la infinita noche de los siglos Agua que se vuelve sueño para mi botella voz para mi poema Una hoja solitaria navega hacia la garganta solar derrotero donde al amanecer ha de atracar

La estación en la zona de los sueños⁷

Abro las manos y brotan las palabras de la profunda frente del que sueña:

nombra los insomnios del pensamiento
desplomándose en lo hondo de la noche,
nombra la luz desvaneciéndose entre las brumas del olvido,
nombra las sombras quemadas por la furia de una estación
violenta,
nombra el abismo que nos aguarda
más allá del agua de los sueños,
nombra el vislumbre de una llama en lo alto del hombre que
escribe
y nombra las manos que se abren
y brota el principio de la palabra
y todo vuelve al inicio de un largo y esperado encuentro:



⁷ Primer lugar en los Juegos Florales Nacionales “Luis Humberto Ramos Zepeda”, de Fresnillo de González Echeverría, Zacatecas, 2014.

Cuando despierte, la lengua será un largo silencio
en la muerta espalda de la vigilia.
Los ojos se llenarán de memoria
y con el filo de su luz cercenarán olvidos.
Refugio en agonía,
la noche en grietas
será un jardín de silencios escondidos en el alma.
Vendrá el alba,
a su(*plantar*) la ilusión por los sueños,
a acuchillarnos los sueños,
a dejarnos morir en la falsa luz de la vigilia.
De una a otra orilla llenos de sol,
navigaremos con el sueño herido.
Bastará entonces esperar la noche
para saber que somos hijos de la soledad y el silencio.



Ahogados en la lechosa sustancia de los sueños,
todo viene a este presente:
los desnudos cuerpos
con los que fuimos arrojados a esta casa
para desenterrar nuestros olvidos,
para desarraigar tantas sombras de nuestras manos,
para acercarnos sin dolor al grito de la muerte;
vienen los vientos que barrieron el polvo que fuimos,
vienen con su voz en esta vasta soledad
a decirnos de la llama que arde muy adentro,
a recordarnos el fuego que dormita en la ciega luz del día;
asisten las cenizas de aquellas palabras nuestras,
las mencionadas con otros labios durante siglos,
a escribirse con otras manos
las mismas palabras en otro idioma de la muerte.
La pre/esencia de nuestra carga de antigüedades
se desploma en este presente,
en esta hora nocturna que nos devora y nos engendra.



Entre sueños voy a encontrarte

en esta noche que reptá por la salvaje ciudad que nos anida,
voy a encontrar tus huellas herrumbradas en el aire muerto
–insomne caminante entre los impasibles edificios–.

En la alta hora de la Luna

veré el transparente cuerpo que te contiene,

página en la que escribo la lengua de mis deseos;

y nos será revelada otra noche,

más allá de este desierto de olvidos,

donde se hace el amor con las manos del silencio,

donde la noche es un profundo abismo

labrando la palabra en las desnudas piedras de los sueños.

Voy a encontrarte en este bosque petrificado,

selva de animales salvajes que sobreviven para el olvido.

Voy a encontrarte como ayer,

como hace siglos:

atravesando el puente de los sueños.



Y perdimos la luz, mujer,
al abandonarnos en las cálidas sombras,
al dejar atrás nuestros líquidos sueños,
perdimos la luz verdadera al cambiarla por soles de oropel.
Perdimos la noción del tiempo,
los nombres perdimos al entrar en la falsa luz del día.
Y después de tantos años,
la pequeña luz interior se propaga
y extiende sus alas luminosas cuerpo adentro,
y quiere cantar con su garganta de fuego,
y quiere contar con su memoria en llamas,
y hacernos recordar las ínsulas de soles que nos habitan.
Vuelve la luz con tu voz de otros tiempos, mujer,
a despertarme la noche del otro lado del puente,
a colgar este amor en el sueño de mis párpados.
Cuánto llanto en este lacrimar de dolor,
cuántos años callada tu voz,
cuánto tiempo con los ojos abiertos sin mirar atrás,
cuántos cuerpos para volver al tuyo.
Estoy despertando mujer,
y la luz no está afuera,
 en el espejismo del día,
sino en el abismo de tu nombre solar.



Arde la espada que hiera la frente del que sueña,
arde con el relámpago de una herida horizontal,
manantial que fluye de aguas interiores,
río naciente de las cumbres de la memoria infinita.
Con el filo de su hoja,
la espada abre un ojo en la frente del que sueña,
deja una vasta cicatriz donde fluye el tiempo y su voz,
la soledad y su voz.
Boca transparente en el umbral del silencio
donde nace la voz,
boca sobre los párpados erosionados
donde habita la muerte,
boca sin labios
donde la vida renace del polvo,
boca-ojo en la frente del que sueña.



Ojo, boca, herida en la frente del que sueña,
nido de un pájaro de fuego
que deposita su canto
de luces en la noche desmoronada,
canto mecido por el viento
y colgado en las ramas de las madrugadas.
Canto del pájaro Fénix que olvida su vida verdadera
y renace para cantar las mismas palabras,
las de ayer, las de hace siglos, las de siempre.
Pájaro de fuego
sumergido en la contemplación de sus cenizas,
escribiendo signos
desde su frente herida con las cenizas propias.
El joven de hoy,
el anciano de ayer, el pájaro de siempre,
buscando las imágenes de su propia muerte
en los vestigios de pavesas.
Cantando el ave ha de morir
y renacer con otro plumaje
para entonar el canto del eterno retorno.



Pájaropoeta el eco en el espacio desnudo de las almas,
el aire dormido en un suspiro olvidado,
el muerto que canta con los ojos detenidos en nuestra mirada.
Pájaropoeta quien invita a cerrar la puerta
dejando atrás las máscaras de carne,
los cuerpos de otros tiempos masticados por los años;
quien nos invita a cerrar aquella casa que fuimos en una calle
oscura,
desiertas sombras que nos envuelven la claridad del alma.
Poetapájaro en la plaza cantando al mundo su silencio,
con los hondos labios de infinitos fantasmas olvidados;
contando la herida —en su rota frente— de los sueños que nos
visitan
a nuestro efímero paso por la tierra.
Poetapájaro con el ardiente canto en el pecho de la noche,
dejando caer las palabras en los solitarios seres que somos,
en los tristes seres que somos.
Frente herida. Cabeza parlante. Pájaro ígneo.
Poetájaro:
Aguafuente para la sed de sueños que nos despierta.



Desde hace siglos la semilla crece en la húmeda noche del vértigo,
germina como un sol en el cráneo del poeta,
florece como un remolino de silencios
encendidos/enlazados en el vientre de la mano del poeta.
En la hora más clara estalla la semilla en la frente abierta del
que sueña,
lenta marejada de voces desciende a los ojos cerrados,
miradas interiores/anteriores al nacimiento de las palabras;
diluvio de cantos desenterrados bajo la lengua,
espina florecida es el canto/la semilla
sostenida en el pico del pájaro cantor.
Aquí la sequía de la palabra se ha consumido,
ahora los siglos en la morada de los ojos
quemán las sombras ilusorias del día,
ésta es la noche de las profundidades interiores
donde reposa la ceniza de los sueños.
Y amanece el silencio, en un canto nocturno,
en la frente abismal de un alma desnuda.



Hora previa al amanecer del mundo:

hora de volver a la tumba ambulante que somos,
a la sombra de un cuerpo en llamas que somos.

Hendida la hora por la luz primera,

es tiempo de caer al mismo sitio,

de abandonar el vuelo por un instante

—mientras la claridad nos ciega, nos engaña con sus tretas,

hay que dejarse caer como el astral Ícaro que olvidamos—.

Es ésta la hora de cerrar la fuente,

de navegar a la deriva en la luz del día

—el sol ardiendo en la *puerta* cerrada de la frente—,

es la hora del olvido temporal.

Amanece. El insomne sueña cuerpo adentro

mientras deambula entre la espesa niebla

de una ciudad sin nombre.



En la espesura de palabras la imagen sangra del cuerpo de la noche:
es la garganta que se hunde en el instante,
es la voz que se evapora en la transparencia del alma.
La imagen del hombre es un profundo vacío en la quietud de
su tumba,
es la astilla en llamas apagada por el viento nocturno de una
larga noche,
es el espacio que se eleva ante nosotros en la hora de la muerte.
El hombre es la imagen sostenida en la erosión del silencio,
es el agua que mana de nuestro ser.
Aquí está el hombre con su rostro herido,
con su canto para despertar la ardiente roca de la palabra,
para hacer hablar los epitafios que nos resumen;
aquí yace el sueño que engendra el párpado en la frente,
este es el sueño más allá de la muerte
—el viaje que inicia con los ojos cerrados y la frente abierta—,
este es el sueño para hablar con los muertos
y corresponder a sus visitas ya olvidadas en el páramo de la
vigilia.
Este es el hombre, el que sueña en la cascada de sombras,
el que desanda el camino para visitar a sus muertos
entre los cantos petrificados.



El día brota inventado por el eco de la memoria,
las sombras le siguen los pasos a lo largo de las horas;
blanco, viejo secreto a voces la presencia del sueño
—reflejo enterrado en el día del nacimiento—.
Ante nuestros ojos brota la claridad que se nombra el día
presente,
una sombra llamada olvido cubre nuestro cuerpo.
A la luz volvemos con la penumbra del ropaje ocultando los
recuerdos
—en el fondo sabemos que entre los jirones del olvido pulsa el
fuego dormido,
parpadea un sol desgarrado—.
Nacemos, sí, con el olvido,
con el vacío clavado en el espacio de nuestra frente.
La herida abierta jamás se cura y arde, arde con el sonido del
viento,
con la voz del agua, con la voz del pájaro que nace en el pecho
de la noche.
Entonces una hendidura basta para que el luminoso astro
despierte
y sus raíces broten en las palabras nuestras.



Más profundo, la luz del silencio canta

en el recuerdo que se yergue ante los ojos ocultos;
más adentro, el río de luz camina hacia el comienzo
—despierta los otros nombres, las otras caras—;
sueño adentro,

la soledad desanda las sombras y encuentra la luz.

He dejado este cuerpo.

Caminando en la transparencia llego al origen:

soy agua, silencio, cenizas y palabra.

Soy la lluvia naufragando en el oscuro cuerpo de la noche,
el reflejo en la sed del mediodía;

soy este instante ensimismado en mi lengua,

las manos que escriben en el solitario fulgor del cuerpo
abandonado;

soy el fuego que me habita,

una lágrima que me ahoga;

soy el fantasma que despierta en este instante,

sin rostro desmoronado,

sin nombre en la penumbra.



Nace la tarde en las penumbras que muerden la luz del día;
lenta viene la noche y sus voraces sombras,
con su cargamento de imágenes oníricas.
Viene con su desnudo torso cicatrizado de astros
a iluminarnos los sueños,
viene la noche a despertarnos en esta ciudad perdida.
Ciudad y noche en los labios. Ciudad y noche en la frontera
de la palabra.

La noche entera es una gota que cae en el óxido del ojo,
es el aroma de letras carbonizadas en el racimo de
pensamientos.

La noche habla –espectro de altos edificios–
con los pasos encendidos de los que andan en sus calles
–fantasmas que traspasan los muros de piedra,
derramadas almas en el rumor del tiempo–.

La noche habla con los sonidos de la desnuda luz
nacida del manantial de los sueños,
habla del manajo de letras colgadas de nuestros labios,
emergidas de las bocas.

Hablo con las voces citadinas,
aquellas que reflejan un lenguaje que se inventa
–como una invisible puerta hacia adentro–,
y fluye en la patria de los muertos y permanece en la tierra
del poema.

La noche entera hablo con las sombras de esta ciudad perdida
y escribo y callo, como ahora...



Abro la puerta, caigo hacia adentro de la noche.

Los ojos lo miran todo en un parpadeo,
contemplo en un instante el fluir del tiempo.

La mirada en la esquina de la nada,
en el todo que refleja las imágenes y sus nombres
–fantasmales sombras de la luz en la altura del tiempo–.

La mirada infinita, callada,
escurriendo por los pasillos de los cuerpos interiores,
extendiendo sus dominios en los rumores de nosotros
mismos.

La mirada que hace temblar el mundo de recuerdos adentro
de la carne

–historia de cuerpos abandonados, fracturados en el vértigo
de los siglos–.

La mirada creando la llama en la fuente de los sueños
–encallada luz en la frente del que sueña–.

La legión de ojos abriéndose como una flor de innumerables
pétalos

despertando el fuego de la memoria.



Cayó el tiempo con su carga de calamidades,
con su costal de sombras mancando los cuerpos
—dejándonos el corazón lisiado—, manchando las almas
—rotas alas de la soledad y el silencio—.
Calló el viento ante la miseria de los hombres,
desheredados seres en la agonía de su quebranto.
Nada, nada detuvo al hombre,
su sombría pisada persistió en la intención de acabarlo con
todo,
fracturar todo con su enloquecida planta,
deshacerlo todo, apagar la vida completa de su entorno.
Y ardieron los huesos en su morada calcinada
y gritaron las cenizas en el cruel abismo del olvido
y el polvo entró en la oscura casa del miedo
y la muerte toda extendió su canto.
Nada queda, sólo la memoria fragmentada,
nada queda,
sólo este amargo sueño sin agua.



Y se derrumbó el hombre en la decadencia de la tarde
y acompañó la caída del sol hacia el vientre de la tierra
—tendido hombre/sol como un árbol derribado,
sin llamas, sin sueños—.

A solas, en medio de la nada, *árbolhombre* inmóvil, sin aire,
con los párpados deshojados en la errante niebla de sus ojos.
En ruinas,
sin el canto de los pájaros naciendo de su pecho,
sin la luz de la mañana abriendo su corteza,
sin la lluvia y sus claras gotas cayendo en el cráneo del
mediodía,

permanece el hombre, quieto, callado.

Con las desiertas frases carbonizadas, con la derrumbada piel
perforada,
el hombre borra, con sus manos rotas,
su humanidad arbórea en el lecho de su muerte,
en su cuerpo de polvo.



El silencio quebrado como un espejo por la sequía del alma,
fragmentos de pequeñas luces rotas alumbrando la aridez,
el vacío del hombre.

Hombre de rota /derrota/ imagen, hombre sin derrotero.
Quiebra las palabras y derrama el verbo en el vientre del
olvido,
rompe amaneceres en el pensamiento
y olvida el vientre del verbo.

Hombre fragmentado como el espejo roto del día,
como la piedra rota que se desangra, como la rota luz perdida.
Aquí el hombre derrotado, sin rumbo, con los ojos ciegos,
aquí el hombre penando en la oscuridad de sus adentros.
Sólo aquí:

el hombre petrificado,
agonizando en la intemperie de la noche
con su muda luz destrozada.

Solo,

aquí.



Nace un relámpago silencioso en la subterránea piel del alba,
en el aire crece la imagen de su cuerpo –oleaje de luz–,
desciende hacia el origen,
extiende sus dominios en la raíz del hombre.
Relámpago/semilla: puerta hacia el silencio,
luz de una semilla que se abre a sí misma;
en la frontera de las sombras,
el relámpago derrama/florece su silencio
en los oídos del que sueña,
desnuda los recuerdos de la eternidad
en la palma del que sueña.
Semillaluz amanecida –alma nacida–
para ser árbol dentro del hombre
y enterrar sus raíces en el pasado
y nutrir el verde cuerpo del recuerdo
con la savia de sus venas
y ofrecer el fruto que a gotas cae
en la claridad del sueño.
Lusemilla estallando en la nuca de la noche,
en las sienas de los siglos,
en la frente abierta del silencio...



Escribo en una gota de sueño, en una brizna de viento,
en la nube que se aleja en la nostalgia de su lluvia.
Escribo en la corteza de mi tacto,
en el amanecer que asciende iluminando el cielo y mis manos.
Escribo en la arena y en la niebla,
en el instante y en el sueño.
Escribo que sueño y mi voz despierta
y se levanta y alumbra la noche entera y quema las sombras.
Sueño que escribo y mi palabra se hunde en el tiempo
y canta desgarrando las negruras y callan los entes nocturnos
y de mi pecho brotan las raíces del canto.
Sueño que canto y la ausencia desciende al olvido
y la vida pena entre las dos noches
y esta frente incendiada es el vientre del alto canto que
despierta.
El sueño y la voz descansan cuando el alba anuncia su llegada,
entonces duermen en el fondo de este cuerpo,
ante la puerta de mí mismo,
donde siempre espero mi retorno.



Flotan las hojas, floran los ojos en este espacio abierto hacia adentro,
desnudo de carne vuelo como hoja en el viento
–hijo del viento/pájaro al viento–, y canta el silencio en mis
sueños:
abandono este páramo y nazco más allá de los años,
detrás de claridad que hirió mis ojos:
otra piel, otro nombre en las sombras que se desvanecen:
subterránea-mente escarbando más profundo en los signos:
pájaro al viento venciendo a la muerte, volviendo a la fuente:
soy una hoja en blanco donde escribo la infinita vida,
donde plasmo la voz del silencio, la tinta de los sueños.
Volver al origen y navegar hacia acá, a esta orilla del río de
los siglos,
con la preciosa carga de recuerdos,
con el pecho henchido en la llama de los cantos.
Y escribir, en esta hoja que flota ante los ojos,
la *pajarez* que llevamos dentro.



Goteando silencios de mi mano, doy vuelta a la página:

percibo el aroma de la muerte derramando sus líquidos
rumores

y descubro su máscara en cada instante de la vida.

Enorme, la muerte nos envuelve con el manto de la vida

y nos desnuda en la humedad de la hora señalada.

Desde el nacimiento traemos la muerte adentro:

somos la muerte ambulante todos los días de la vida,

somos el sueño del retorno a los muertos,

somos la pena errante en el incendio de la mañana,

somos la penumbra dolorosa de la noche,

somos el infinito renacido cada siglo,

somos la sed de vida que viene y se devuelve,

somos la mar de lágrimas en movimiento perpetuo.

Somos la agonía de nosotros mismos,

recordándonos, olvidándonos en la casa abandonada,

la anterior, la que dejamos en silencio;

somos la prolongación de otra vida,

la partida sin testigos, ceniza y fuego, tierra y agua;

somos el día que se borra en la memoria,

somos el recuerdo vivo que se levanta de la tumba;

somos la eterna flor que se abre a la luz y comienza cada día,

con otro nombre y la misma esencia.



Una mirada se extiende en la geometría de la ciudad dormida:
descansa la gente en sus celdas,
como en un cementerio de cuerpos desgarrados:
duermen anclados en el vacío sueño de la ilusión;
desatada la mirada,
con manos sonámbulas escarbo en las sombras,
otra vez en busca de los cantos,
aquellos enterrados hace millares de años,
busco la palabra del silencio, la piedra perdida de las sílabas,
el aliento del verbo que todo lo nombra.
Con la frente hendida navego alma adentro,
en la zona de los sueños se disipa la brasa del día,
los manojos de cuerpos que somos,
los vanos nombres que nos llaman.
Sueño cuerpo adentro y emerjo de las mares interiores:
llevo en la garganta el canto desenterrado,
llevo en las manos las raíces del árbol de agua y fuego
y las planto en la piel del alba,
ante la mirada incandescente de mis muertos.



Escapa el claro cuerpo del día hacia el río de sombras que se levantan,

desciende lento hacia la desnudez de la noche;
hunde en las penumbras su nuca de sol debilitado,
su espalda tatuada de rojizas nubes;

desaparece en la lluvia de estrellas
que nacen del vientre extendido del universo.

Camino entre los charcos de negruras,
entre las imágenes que se yerguen y se reflejan en mis ojos,
llego ante el árbol enraizado en mí mismo:

el *Poetájaro* de fuego emerge del pecho, vuela en las alas del viento

y en una rama desgrana su canto, desata la libertad soñada
y come del fruto de la palabra.

El hombre/ave mira el firmamento:

deletrea en las estrellas la luz

que se engendra a sí misma en cada alma,

los sueños perdidos en el laberinto de las encarnaciones,

las aguas de/soladas del río del silencio.

Deletrea el astro que se apaga en los ojos al llegar el día,

el estro que brilla en las sombras interiores.



Gotas de luz perforan las horas
ante el canto del agua clara,
gotas largas en el polvo de mi cuerpo
a la deriva en la música del agua.
Lenguaje de agua la silenciosa luz
que escurre en la oscura piel de la noche,
que ilumina el camino del ascenso;
líquida música
humedeciendo los sueños a ojos abiertos,
sembrando sonidos en la escritura de estas hojas;
canto del agua en este lugar de la encarnación,
en este puente entre los párpados.
Gotas de luz volviendo a la lluvia infinita,
al canto insonoro, a los rumores del alma;
es la luz la voz del agua, el signo de los siglos,
lágrima viva cayendo en los años detrás de la muerte.
Canta la luz en los seres que despiertan,
canta en la contemplación del tiempo
que deposita su sombra desgastada
en esta casa fugaz que es mi cuerpo.



Agua en el sueño que se construye bajo los párpados de la noche,
más allá de la frontera del insomnio;
agua en los ojos que penetra en la hondura del espíritu
y escurre entre las grietas del recuerdo
y expulsa las palabras subterráneas:
llegará silenciosa la fogata del día que todo lo incendiará
y las sombras se desplomarán en las cenizas del alba
y los recuerdos ya quemados volarán en el caliente aliento
del viento
y volverá la edad de piedra y todo se poblará de olvido.
Después el agua ahogará los campos,
las ciudades que habitamos en ruinas
y lavará el silencio y la soledad que abandonamos.
Relámpagos en la comba del cielo,
agua en la piel de la tierra,
y nadie en la nada quieta, oscura, terrible.
Tarde o temprano el pájaro de fuego emergerá del agua
y surcará los aires para iniciar el ciclo de encarnaciones...



El silencio cuelga de las horas más altas de la noche

—secretas horas en las arrugas del tiempo
que viene a envejecerse a sí mismo—. G

o

t

e

a

el silencio

y cae su transparencia en el cuerpo del recuerdo:

Envuelto en el pulido silencio de la luz,
la soledad me lleva a tu espacio
y desemboca en el desnudo aroma de tu esencia,
te cubro de miradas con el incendio iniciado en el canto de
mis manos;

con los ojos entrecerrados, camino con la voz del sueño

por la piel tendida de tu cuerpo,
me asomo a la calidez de tu cuello

—largo puente entre pasión y pensamiento—,
transito por tu tersa piel y me encamino hacia las torres de
tus pechos

y cabalgo con las manos calientes sobre tu vientre
y llego al manantial de tu ser —/alma/al manantial del sur,
promesa de muchos sueños la playa de tu *pielarena*;
alzo la mirada a través de las blancas llanuras

y montañas de tu *geograpiel*:
descubro el oasis de tu boca, las islas de tus ojos

—húmedos espejos de tu ser—,
reencuentro de imágenes tras la cortina del nacimiento:
otros cuerpos, otros nombres en la blandura de la memoria
—las mismas almas,

llamas del fuego eterno,

del fuego del silencio-.

Sueño con tus ojos y de tus párpados me despeño,
desciendo hacia las nubes de tus labios

y con tus ardientes besos y tu aromado aliento apago el mundo;

bajo por la ternura de tu cuello,
subo por las embravecidas olas de tu carne santificada,
vuelo hacia el valle de tu vientre,
navego en la cuenca de tu río:
llego a la mar de tu *mujerez*,
encallo en tus carnes,

deshojo tus pétalos,

penetro en ti...

Descanso en ti con mi amor derramado,
con la aurora iluminándome la espalda.

Duermo abrazado a ti,

para soñarte/encontrarte

otra vez.



Dibujo líneas en este mediodía, en esta medianoche,
como cicatrices de rayos del sol, como rayas finas de la lluvia
que viene;
dibujo en la piel del día y de la noche la sombra de tu nombre
nublado,
nombro la presencia de tu cuerpo que se asoma —que se
asombra—
en las alas del silencio, en las imágenes de la terca memoria.
Toda la noche, todo el día, con tus manos manchadas de
sombras,
vienes a lloverme el alma y abres a punta de recuerdos los
años idos;
vienes mujer/lluvia, a humedecerme con tu voz el presente y
el mañana,
a evocarme la luz que guardamos en las manos
—la llama solar dormida en el interior infinito—.
Vienes lluvia/mujer,
y abres mi pecho para liberar el ave que espera el agua de tu
cuerpo
—agua que alivia el anhelo de encarnaciones—.
Mujer/lluvia:
aguamujer.



*El reposo de tu frente diamantina en la plenitud tatuada de mis
noches,*

la soledumbre de tu frente escrita dentro de mis ojos
–abro el tiempo y gotea cada una de tus palabras–.

Claro cristal tu frente donde se vierten las imágenes,
donde me descubro sin nombre, sin cuerpo:

soy la memoria en los párpados de la madrugada,

la piel ajada de los siglos idos,

el canto que se quemó en las ruinas del viento.

Transparente cristal tu frente donde las arenas esperan el
oleaje de luz,

los relámpagos que iluminan los viejos huesos que fuimos.

Desde la altura de tu frente me asomo a las penumbras del
vacío,

mi sombra se abandona al abismo

y escribo esta población de fragmentos regados,

pedazos de uno destrozado.

Fantasma voy a la deriva en el océano de la noche,

retorno a la presencia de mis muertos:

escucho en silencio sus cantos, recupero la memoria del
sonido.

Es tu clara frente, mujer, el deslumbrado nacimiento de mi
Nombre,

la esperada encarnación de mi cuerpo.



Devorada luz del día por la mar de sombras,
derramada oscuridad en el vientre de mis manos,
donde se encienden las ideas
que descienden de la frente abierta,
manos donde se paren las auroras que anidan en los ojos,
nocturnas manos que se hunden
en las entrañas de los abismos interiores.
En el instante de la escritura,
mis desnudas manos en el páramo que me envuelve,
en el vuelo del silencio, en la llama de los años que retornan;
estoy solo en el parpadeo de una tempestad,
en las brunas plumas de esta ave que del pecho brota,
estoy solo donde el pensamiento cae en las blancas hojas del
día;
estoy solo, callado como una tumba en el olvido,
como un retrato clavado en la brumosa piel de un cuerpo
nómada.
Busco el amanecer del alma, el nombre eterno,
el sol dentro de los párpados, la flor abierta en la frente...
[Escribo en la soledad cuando este rostro gotea letras].



Camino por estas calles donde se erigen sueños,
donde las sombras se dispersan
y crecen y se hacen habitables;
camino la noche entera sepultando pensamientos
en las hojas de un viento que navega en la luz de la nostalgia,
camino de una a otra orilla de la ausente iluminación del día.
Voy por las pisadas de ayer, impresas por aquel ser que fui
—abrigado por la hoguera del recuerdo que todo lo devuelve—.
Estoy en aquellos tiempos que me miran
y sostienen el peso de mi cuerpo,
estoy en las pisadas que me llevan en el viento navegante.
En estas calles que demuelen soledad,
levanto mi sombra en despoblado,
hablo con ella mientras caminamos en los laberintos de la
memoria:
nuestros pasos resuenan en los sueños de la ciudad dormida.



Siempre andar en la solitaria calma del más allá,
andar en la pausa de una muerte
que perdura toda la vida,
tenderse en la noche de los sueños
y respirar las sombras que nos acechan,
pertenecerle al cuerpo que un día dejaremos,
andar frente a los muros de imágenes que nos cercan
y reencontrarnos fuera de las fronteras de la piel;
buscar el fragmento de luz en el Nombre inmortal,
el día del retorno más allá de las tumbas derrumbadas;
buscar la profética fecha en la noche partida,
 buscar el ave,
 buscar la vida.

Ella es el silencio de las almas

que se encuentran en la sombra de los sueños,
es el agua que habla en la orilla de mi llanto;
ella, quien forma cada cien años la piel de una imagen que se borra,
quien vierte su palabra sin rostro en mis noches solitarias.
Su nombre es luz en el contorno de mi frente,
es la noche poblándome los párpados de sueños,
es refugio del fuego en el día de la tormenta.
Su nombre es la costumbre de caminar a solas por el mundo,
de pagar el precio de morir para el olvido.
Y el olvido cae en la mente fértil del que llega,
y entre agua y luz iniciamos la senda de nuevo
y vienen otros nombres a decirnos del pasado.
Y los nombres vienen a nacernos entre sombras
y sólo con la luz destrozamos las penumbras.
Tarde o temprano, ella, con otro nombre,
vendrá a removerme la memoria...



Anfibio soy:

de un salto mental viajo, en el vértigo del pensamiento,
del presente al pasado:
vuelvo –después de girar en el círculo de los siglos–
a este instante.

Anfibio soy:

desciendo en las profundas mares de los tiempos idos
–pesco algunos recuerdos ensimismados
en el fondo de la memoria eterna–,
y emerjo a la superficie con las manos iluminadas por aquellos
años:

siempre el eterno retorno: nunca el mismo entorno:
otra la casa para esta alma, el nombre sepultado en el olvido,
el amor con otro nombre y la misma sombra.

Abandonar esta vida, viajar en el viento,
volver con el olvido clavado en la frente:
el ciclo sempiterno;

una y otra vez las estaciones en las sienas:
sucumbir en invierno,
renovarse en primavera.

Anfibio soy madurando pensamientos;
anfibio entre la vida y la muerte.

Anfibio soy
de agua y fuego.



Muerde la blancura del alba la quieta soledad que me envuelve,
vierte su vestimenta en la hora blanca del silencio:
un último manojó de sombras se dispersa con los cuerpos en
huida.

Amanece:

manantial de la memoria abrasando frentes,
voces y sueños.

Amanece la luz sobre tu nombre en esta soledad que todo lo
devora,

y tu nombre es la trémula voz que derriba olvidos,
es la llama nocturna que se mantiene viva en el alma.

Tu nombre es todas las cosas:

es agua y desierto, luz y sombra, cielo y tierra;
recuerdo y olvido, muerte y nacimiento es tu nombre.

Tu nombre es el rostro de este instante,

el destierro durante siglos hasta llegar aquí,
a la presencia de tu mirada.



Sobre los hombres las sombras, sobre los hombres se esparcen,
dilatadas hasta la muerte que nos aguarda en el agua de unos
ojos.

Sobre los hombres las pobres palabras,
olvidadas hasta el próximo nacimiento,
sin nombre que nos llame.

Sobre los hombres los sueños,
cultivados en la soledad más dolorosa,
sin testigos;

sentados los hombres ante la nada,
ante el diluvio de llantos de aquellos que fuimos,
sentados ante el instante,
apoyados en el cayado de los sueños.

Ante el manojito de imágenes que rescata la memoria,
ante la noche manchada de nombres,
el sueño fluye como la lluvia en las calles de esta ciudad
olvidada.

Sobre mis hombros el instante,
maduro como un secreto a punto de revelarse.



Sol adentro⁸

Navegué en la vasta noche

Abrí los ojos envejecidos

y el fuego del viento sopló mi nombre

El reposo del cuerpo se transmutó

en la batalla perdida del juicio luminoso

En los límites de las sombras

desperté con el cofre de recuerdos en las manos

Otras voces derramaron sus palabras en mis oídos

Aquí las escribo para vencer el olvido

para atravesar la albura de las mañanas

con la punta de la luz

de mi luz interior que me afiebra el cuerpo

que me calienta el silencio

y me ata al árbol de los años ya en llamas.



⁸ Primer lugar en los Juegos Florales Nacionales “Lázara Meldiú”, de Papantla de Olarte, Veracruz, 2019.

Florece el fruto de los sueños

Nacen los entes nocturnos de las imágenes
en la luz que se ahonda en las frentes
En esta hondura digo que los secretos lunares
son palabras en mi boca –delatado fuego del poema–
astillas de un paisaje que ha de morir con nosotros
estallidos en las sienes
respiros del amanecer ciudadano
Florece el fruto de los sueños
en las venas de un verso
en el pensamiento de nuestra carne
en los cantos vertidos en un desierto caliente
en la lluvia que no tocó ninguna mano infantil



El mal de la palabra

me ha salvado de las ruinas de mi cuerpo
Las claras voces persiguen a mis sueños
y me murmuran
de que no hay duda del esplendor de la memoria
de nuestros ropajes hechos con la materia de los siglos
Escribo con las manos de la noche
la noche entera escribo hasta perder el sentido
Mis ojos apenas abiertos
sostienen el peso de cada palabra escuchada
Y cierro los ojos
y descubro una nueva línea en el cuerpo del poema
Y transito entre las aguas del sueño
y el fuego de la vigilia
El amanecer me descubre
con un poema en el libro de mis sueños

El cansancio golpea mis piernas y mi mente
duele el pasado duele la desnuda luz herida
que entra por la ventana de aquellos años
Límpida memoria que poco a poco agota su reserva de sol
sé que el olvido me caerá en la espalda
sé que mis pensamientos imperfectos
caerán en un profundo pozo de silencio
Por eso abrazo el fuego del corazón
para resistir el diluvio del olvido de mañana
Por eso escucho los ríos de voces
los sonidos que llegan a mi celda citadina
Estoy cansado
Cierro los ojos y al instante vienen
las viejas historias desterradas de otros tiempos
Sus palabras son latidos para mi cansado corazón
Para eso escribo
para reavivar el fuego doloroso que lastima el interior
Escribo
 quizá
 para vivir un poco más



Camino en un sendero de letras

en medio de las páginas del día
El polvo juega en el aliento de la tarde
mientras me doy cuenta
de que ya no recuerdo tanto el odio
ni el amor ni el olvido
porque todo es olvido mismo lento olvido
que sólo me permite escribir estos versos
Se irán mis textos se irán las palabras depositadas en el agua
gracias a la luz de esa voz desconocida en mis oídos
Camino en la orilla del olvido
en peligro del descenso a las sombras permanentes
A lo lejos el agua golpea el lomo de las casas
escucho cómo se acerca la cortina de lluvia
vendrá a lavar mis últimos recuerdos
la pequeña lucidez que habita
en este mar nocturno que es mi cuerpo



Éstas son las blancas palabras

donde he habitado

ciudades sin nombre porque ya no las recuerdo

Por eso invento los nombres de las cosas

y las llamo cada noche

en la nostalgia imaginaria de unos labios

Nombro el agua y la lluvia se desnuda en el horizonte

digo agua y una sed vagabunda

me busca en la página de un libro olvidado

La palabra piedra

cae en la hondura de mi pensamiento

y nace el cuerpo cincelado del poema

digo piedra y se cae el muro del silencio

que rodea esta ciudad a la orilla del mar

Imagino el fuego y el ardiente ojo del sol

resplandece en los blancos sueños del día

digo fuego y una semilla en llamas

germina en las manos del tiempo

Así nombro las cosas

las ciudades donde habito

Así invento los nombres

que he de volver a olvidar

y he de nombrarlas de nuevo



Arde el cuerpo

La luz de los nombres
se hunde en la agonía de la piel
Aquí en el cuerpo de los sueños
resplandece el presagio de la voz de mis ancestros
Es el clamor de los muertos
que se derrama cada noche
en las llamas en donde arde mi cuerpo
Escucho sus voces
en el destierro de la piel que se evapora
me hablan de la eternidad de la palabra
de la música
que vive dentro de cada cosa



A la distancia

veo una ciudad construida de palabras
unas fogatas iluminan los viejos muros de sus casas
Camino en los sueños hasta ella
para llegar al alba
para levantar unas palabras en sus calles agrietadas
Camino en la piel rocosa de sus calles
Miro el sueño de sus casas
Siento la paz del silencio
Infinita ciudad de palabras
incendiando los recuerdos
un día los ríos de piedra de sus calles
correrán hacia el presente
y serán rumores en la vigilia de mi cuerpo

Abro la semilla de la palabra

y brota la voz ardiente

Forma frases

en la geografía de la página

donde los renglones

son otra noche que descansa

donde los sueños se evaporan

para navegar hacia las manos del cuerpo que arde

Abro la piedra de la palabra

y su dura voz

me contempla en la madrugada

me mira en la oscuridad profunda del alma

La voz ardiente me dice

que el mundo naufraga allá afuera

que allá se cimbra la flor más tierna

la más delgada y triste libertad se pierde

Que el aire delira y canta y calienta todo lo que toca



Nafrago en la noche feroz

en el fulgor de sus ojos me extravió
Recuerdo entre sueños
las tormentas que duelen en el cuerpo
que desgarran la lluvia de los cielos de la infancia
Visiones en las sombras turbias que me rodean
en la negra tinta que me escribe desde hace siglos
Mi cuerpo tiembla envuelto de noche
de agua y de escritura
De la niñez hacia este año
con la fiebre aprisionada en la frente
tengo delirios de amaneceres fríos
de tardes que se sostienen con las últimas luces del día
La tormenta me arroja a la frontera de la noche
El claro cristal del alba se refleja en el horizonte
En mis manos calientes
sostengo las palabras del naufragio



Mi noche es una lluvia que todo lo llena
Sumerge su invierno en mis carnes
Mi voz se humedece en los escombros de las escasas luces
Mis manos nacen en lo hondo de la sangre
Sangre ardiente que derrite el hielo de la piel nocturna
Que escribe con las manos afiebradas
en el cuerpo de la ciudad abandonada
Toda la noche es de una lluvia profunda
de su voz que todo lo moja
Escribo los escasos recuerdos que reverdecen
para agotar el olvido para no abrirle la puerta a la
muerte
Por eso escribo estas palabras con la enfermedad de la fiebre
porque un incendio interior me arrasa a pesar de la lluvia
y escribo con el fuego de las manos
con la luz escribo a lo lejos allá
detrás de las montañas donde yace en llamas
mi pueblo solar



Me alumbra el mediodía
con su risa chamuscada
Su peso es el aire
que me lleva descalzo
al acantilado de la palabra
mientras el aguacero duerme
El agua está en cautiverio
y el sol llena con su rostro mi existencia
otro techo luminoso
en la concavidad del cielo
Aquí
a pleno sol
las ancianas voces se depositan en la piel
y sus descendientes de luna llena
cruzan el viento
para contemplar al escribiente solar
No hay llanto ni lamentaciones
sólo un hombre que escribe
que emigra como un pájaro de fuego
viaja del interior de su cuerpo
a los horizontes de los recuerdos
a esa aridez de escasas evocaciones
Aun así escribo
y me asombra el hallazgo de un poema
que despierta a pleno mediodía
en las plumas de las aves
en los silencios que se asoman
en las sombras que se han caído
a los pies de las cosas
—como quien se quita su ropaje para irse a dormir—
A pleno sol desprendo un poco de luz
para iluminar esta página
que se ha vestido de palabras



La vida permanece

en el reposo de un pensamiento
en ese fuego sonoro de los cuerpos al unirse
La vida es el camino y las huellas en el polvo que somos
es el tiempo que se sacrifica en hacer canciones
en la celda de piedra de la palabra
La vida a veces se escabulle
entre las calles desiertas de las noches de lluvia
se va entre las horas
cuando se persiguen las estrellas de los sueños
La vida arde en el nombre de los años
encarcelados en los silencios
en la compañía de alguien
que ilumina nuestra muerte
Porque la vida es la eterna pregunta
que permanece hasta la muerte
es el rostro anónimo en una época de niebla
que nos ciega hasta la edad madura
La vida permanece aquí
en el aire espeso que atravieso
con la lanza de estas palabras
para llegar con el pensamiento
al instante de la muerte



Crecí entre los árboles de los sueños
abandonado al amanecer en alguna parte
Llevo en mis espaldas la memoria de los hombres
Soy hijo de la noche magnífica que me da sus alas
Me despierto con el faro demencial de cada día
que en voz alta me habla del corazón del alba
Una gota de luna cae sobre la tinta pasajera
La voz de la alborada nace con los nombres de la luz
Los recuerdos resuenan sol adentro
El sabor de las palabras se deposita en los labios
y lentas caen hacia la página de un nuevo libro
como caen las horas en mi cuerpo
Entre los árboles de los sueños
aprendí el canto de las aves solares
extintas para quienes no escuchan el silencio de la noche
La vieja soledad me entrega su belleza
su respiración susurra los poemas en mis oídos



Y qué es la muerte

sino el viaje infinito a la perfecta música
que se levanta con el viento de la tarde
Es la ciudad donde las calles se recorren calladamente
admirando la belleza del silencio nocturno
Muerte es la tersa mano
que escribe nuestro nombre
en la fría piedra de nuestra lápida
La poesía que se derrite en este sitio
donde escuchamos a lo lejos el canto de la vida
La muerte habita en los ojos
en el sol interior
en el sepulcro que es nuestro cuerpo
Nos regalaron la vida
¿por qué no aceptar el regalo de la muerte?



En las grietas de cada senda

en la bocanada de la neblina
en los minutos que transcurren camino
Hacia el aire que me habla camino
Hacia las palabras que me llaman me dirijo
Camino entre las piedras
para encender la llama de la sangre
para ganar un poco de silencio
y descansar al pie del árbol de los sueños
Camino bajo la lluvia de la mañana
voy al encuentro de un hombre llamado como yo
me persigo para inventarme
para descubrirme en algún lugar ignoto
para nacer a la hora de morir

Sobre los árboles el corazón del sol
Dentro de mí una hoja resplandece
mientras mis manos sueltan las palabras
Sol padre de un hombre
que amanece a la orilla de la mar
que labra en el campo las palabras solares
En el papel se arroja el sol
con su roja sangre del ocaso
La flecha de un pensamiento
atraviesa ante mis ojos llenos de sol
La verdad florece en la memoria nómada
en la lengua del aire
que habla a mis oídos suavemente
Sobre los árboles la mirada del sol
que alumbra y devora con su luz
En mi plexo solar se estaciona
la ardiente llama de la poesía



Caí en el calor del desierto

En la arena se dibuja
la última palabra de mi partida
la vida se me escapa
sin la madura lluvia en el bolsillo
El día tiende su luz y todo lo quema
No queda nada de la tormenta de antaño
Aquí todo es fuego en el cuerpo
Aquí todo se escribe con la furia del sol
Con el fruto ardiente del sol
Este desierto en el alma
quema todas las palabras
y la conciencia se embriaga en las arenas
mientras el cuerpo alimenta más
el calor de mi desierto



El poema es tu nombre escrito
con la luz de estas palabras
Es la sombra que vigila el mundo de los vivos
Tu nombre es el canto del fuego soñado
es la piel del sol donde todo se recuerda
La escritura es el camino que me lleva a tu ventana
es el bosque donde extravió mis sentidos
Esta luz es el lugar de mis memorias infantiles
es la ruta para llegar al poema
Estas palabras son las barcas sonámbulas
para no ahogarse en la mar de tus ojos
son las calles
donde las sombras nuestras se encuentran
Estas palabras con su luz
escriben tu nombre al final del poema



La tristeza viene desde lejos
y con su canto desnuda las almas
Viene alumbrando los labios
para que cantemos con ella una canción de nostalgia
Viene desde otro tiempo
abriendo el libro de mis memorias
La tristeza ronda mis ojos
ese terreno donde baten las alas del corazón
La tristeza es una barca sin nombre
en las aguas que nacen de la lluvia
Es la sombra donde se conversa con la noche
a través de la ventana de los sueños
La tristeza ronda mis pensamientos
que se resquebrajan en el cuaderno abierto
Escribo en la estación del silencio
donde aguardo el blanco poema del olvido



El corazón de la tierra

es un espacio donde arden las llamas de los sonidos
Es una estrella de otoño en las profundidades de la palabra
Es un día infinito en la ciudad que habla en voz baja
Es la poesía caliente como una piedra
pronunciada en el secreto camino de la carne
El corazón de la tierra me condena ahora a escribir
para vivir y derramar los nombres de las cosas
en las manos del mundo
Es una noche amurallada
por la luz del alba
el corazón de la tierra
Es la memoria de una muerte pasajera
que conoces en las alas del viento
Es la emigración de estas palabras
del pensamiento hacia la mañana
de una página en blanco



Brotan los nombres

Sus ráfagas de letras no cesan
Mis párpados calcinados
fabrican un silencio amarillo
Fotografía en sepia que desmorona sus signos
para encarnar las palabras
Planto los nombres en el espacio del día
su lenguaje me consume
me hace guardar los secretos que no quiero
Y por eso escribo y digo:
La sustancia de los nombres es de luz y viento
Sus imágenes en la tierra
se inventan en las raíces
de una fiebre que no acaba
Quema el sabor de las palabras
Frasas de fuego nacen
del inmortal silencio que me alumbra desde adentro



Aquí

en la tarde que hiera
con sus garras de relámpagos
la blanca luz se va tornando amarilla
Pienso: la voz del cielo
canta la nostalgia del crepúsculo que se avecina
Se desatan los truenos
Una noche lluviosa se avecina
Imagino:
Se encienden poco a poco las velas de los sueños
El cielo es una mar que decanta en la ciudad su desnudez
Invento:
Soy un fantasma en medio de la tarde
una fuente de fuego en cualquier parte
Las horas se resbalan por mis manos
Caigo en la noche
Soy un sonámbulo con palabras ardiendo en la frente



Me habla otro hombre que lleva mi nombre
(mi tinta como un río de sangre en sus venas)
Lleva mi insomnio como un epitafio en la frente
Tiene mi incendio
hasta en la sombra que se anuda a sus pies
Recoge como yo los tesoros de la noche
(palabras que son espejos que son poemas)
Vive con el delirio
de un animal nocturno asoleado desde adentro
Es el otro detrás de mi nombre
Es el de siempre
el condenado a este instante perpetuo
Es quien oye mis palabras
como un eco en el horizonte
Quien observa
cómo me brotan estas palabras y las escribe



A veces olvido el silencio de mis latidos
el sonido que nace sol adentro
A veces el olvido extiende su velo
y el fulgor espera cuerpo adentro
Su presencia su lenguaje de sombras
es una mano que me cierra la garganta
El olvido es una bruma que se convierte
en el abrazo de la muerte
El olvido a veces me devora
y sólo queda
el recuerdo vago de unas cuantas palabras



Tengo la libertad del fuego
bajo el brazo izquierdo
En el sonido de unos pensamientos calcinados
encarnan los nombres de las cosas
Una fuente de fuego consume mis párpados
se come mi carne dormida
en la tierra del silencio
El fuego siembra su semilla ígnea
en la lengua de los noctámbulos
en la claridad del alba
donde el asombro nace de las sombras
El fuego disuelve mi esencia
El cristal del cuerpo se rompe
se deshoja de un árbol transparente
El fuego dibuja a un hombre
con su libertad bajo el brazo

Camino en la luz de la mañana
en la voz del aire y de la música
Voy hacia el pensamiento del mediodía
quien calcina con su voz amarilla
la fuente de palabras
La música de las sombras
y de los nombres
nace en la limpia memoria solar
El aire y su aroma a primavera
reverdece los secretos
de la palabra profanada
Su voz canta en lo alto del mediodía
Mi cuerpo se pierde en la luz de un poema
El silencio de los árboles palpita en mi frente



Ardo con mi sombra a solas
Aquí donde me mira
y me desgasta el tiempo
Aquí ardo en el vértigo hecho luz
en el peso de un instante que dura mil años
Ardo con la sangre de la palabra
y mi frente grita los sueños incandescentes
El polvo de los años
envuelve este cuerpo de agua
Las frases brotan de los labios calcinados
Ardo en la casa del sol interior
para que sus sílabas de fuego
me escriban hasta hacerme cenizas

SEMBLANZA DEL AUTOR

Ariosto Uriel Hernández Pérez

- Licenciado en Educación Primaria, egresado del Centro Regional de Educación Normal “Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán” de Tuxpan de Rodríguez Cano, Veracruz, 1991.
- Director de la Casa de Cultura Municipal “Lázara Meldiú” de Papantla de Olarte, Veracruz. 2009-2010.
- Mantenedor de los Juegos Florales Nacionales “Lázara Meldiú” de Papantla de Olarte, Veracruz. 2007-2010.
- Cronista Municipal de Papantla de Olarte, Veracruz. 2014-2015.
- Sus textos han sido publicados en Revistas y Suplementos Culturales de México, Argentina, Colombia, Brasil, Italia y España.
- Ha participado en Encuentros Nacionales e Internacionales de Escritores.
- Director Fundador de las Revistas Literarias “Voces Interiores”, “Tintanegra” y “Voz del tiempo”.
- El Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) y el Instituto Veracruzano de la Cultura (IVEC), publican su libro de fotografías en blanco y negro “Ventanas de luz”. 2010.
- Antologado en el libro “Cien Poetas del Mundo”, editado en Michoacán; entre otras antologías publicadas en México y en el extranjero.
- Libros publicados: en Fotografía: “Ventanas de Luz” y “Papantla. Memoria fotográfica del siglo XX” (Primera Parte y Segunda Parte); en Cuento: “La Noche Eterna” y “La Búsqueda de Dios”; en Poesía: “Escuchando el Silencio”, “Islas imaginarias”, “Mares interiores”, “El barco nace de la mano escribiente”, “Un instante en la luz de tu nombre”.

- Su obra ha obtenido más de treinta Premios Literarios Estatales, Nacionales e Internacionales:
 - Primer Lugar en los Juegos Florales “Luis Humberto Ramos Zepeda” de Fresnillo de González Echeverría, Zacatecas. 2014.
 - Premio Internacional de Poesía del Mundo Maya “Ramón Iván Suárez Caamal”. Calkiní, Campeche. 2012.
 - Primer Lugar en Tema Libre en los Juegos Florales Nacionales de San Juan del Río, Querétaro. 2011.
 - Primer Lugar en los Juegos Florales Nacionales de La Plata de Taxco de Alarcón, Guerrero. 2011.
 - Dos veces ha obtenido el Primer Lugar en Tema Libre en los Juegos Florales Nacionales de Jacona de Plancarte, Michoacán. 2009 y 2011.
 - Tres veces ha obtenido el Primer Lugar en el Concurso Nacional de Poesía “Timón de Oro”, que otorga la Secretaría de Marina, a través de la Asociación de la Heroica Escuela Naval Militar: México, Distrito Federal, en 2004; Campeche, Campeche, en 2005; y Toluca, Estado de México, en 2010.
 - 2° Finalista en el Concurso Internacional de Cuento “Ciudad de Pupiales”, Nariño, Colombia, convocado por la Fundación “Gabriel García Márquez” y el Ministerio de Cultura de Colombia. 2008.
 - Reconocimiento Estatal a la Labor del Maestro Veracruzano por Obra Escrita Publicada, con el cuentario “La Noche Eterna”. CONACULTA-PACMyC. Xalapa de Enríquez, Veracruz. 2007.
 - Primer Lugar en los Juegos Florales Nacionales de Poza Rica de Hidalgo, Veracruz. 2007.
 - Primer Lugar en Cuento en los Juegos Culturales Magisteriales. Xalapa-Enríquez, Veracruz. 2005.

- Tres veces ha obtenido el Primer Lugar en los Juegos Florales Nacionales “Lázara Meldiú” de Papantla de Olarte, Veracruz. 2001, 2006 y 2019.
- Dos veces ha obtenido el Primer Lugar en el Concurso de Cuento “Todos Santos” de Poza Rica de Hidalgo, Veracruz. 2000 y 2001. Entre otros premios.

Sol adentro, de Ariosto Uriel Hernández Pérez, se terminó de imprimir en [mes] del año 2020, en los talleres gráficos de [nombre de la imprenta], ubicados en [dirección de la imprenta]. El tiraje consta de [000] ejemplares.

